



Colmillo Blanco es un perro-lobo salvaje que no conoce más leyes que las de la naturaleza. Criado como perro en un comienzo por los indios, tiene que aprender a convivir no solo con los humanos sino también con los otros perros. De unos y otros aprenderá cómo utilizar sus instintos y sus músculos para sobrevivir en medio de una naturaleza hostil y de hombres duros y feroces, para quienes la ley del más fuerte es "la Ley" y la bondad, una virtud que se encuentra raramente.

Desde muy pequeño, Jack London prefirió la aventura al orden y a la seguridad. Sus obras, especialmente sus novelas, estarán basadas en sus experiencias de buscador de oro en Alaska; de periodista y corresponsal de guerra en México y Japón; de los viajes que hizo por el mundo en el barco que comprara con sus derechos de autor; de los trabajos que emprendió en su granja, donde vivió con su familia, a la que finalmente abandonó; y, sobre todo, en el conocimiento de los cientos de tipos humanos que trató en sus períodos de vagabundeo y de los muchos oficios que ejerció durante sus breves cuarenta años de vida.

CÓDIGO 20652

ISBN: 978-956-12-3207-5



9 789561 232075



Colmillo Blanco

JACK LONDON



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1	El rastro de la presa	7
2	La loba	11
3	El grito del hambre	18

SEGUNDA PARTE

1	La batalla de los colmillos	25
2	Los cachorros	30
3	El lobato gris	34
4	El muro del mundo	37
5	La ley del sustento	44

TERCERA PARTE

1	Los dioses del fuego	47
2	La esclavitud	53
3	El vagabundo	58
4	El camino de los dioses	60
5	El contrato	62
6	El hambre	65

CUARTA PARTE

1	El enemigo de su raza	70
2	El dios loco	73
3	El reinado del odio	77
4	El abrazo de la muerte	80
5	El indomable	87
6	El dios del amor	91

QUINTA PARTE

1	El largo viaje	98
2	Las tierras del Sur	101
3	El dominio de los dioses	105
4	La llamada de la sangre	110
5	El lobo dormido	112

Epílogo

Ámbito histórico de Jack London	119
Jack London	120
Obras	121

PRIMERA PARTE

1

EL RASTRO DE LA PRESA

A ambas orillas del helado río se extendía un lúgubre bosque de pinos. El viento había despojado a los árboles de su carga de nieve y parecían inclinarse los unos hacia los otros. Aquello era un desierto salvaje helado, propio de los países del Norte. Sobre la llanura reinaba un impresionante silencio.

Pero a pesar de todo allí había vida. Por el río helado, trabajosamente, avanzaba un trineo arrastrado por perros con aspecto de lobos. Tenían el pelaje cubierto de hielo y su aliento se posaba en su piel, cristalizándose. Llevaban un arnés de cuero mediante el cual se unían al trineo. Sobre éste iban una caja de madera, mantas, un hacha, una sartén y una cafetera. Pero lo más destacable era la caja larga y estrecha, que ocupaba casi todo el espacio del trineo.

Delante de los canes caminaba lentamente un hombre. Detrás del vehículo iba otro. Dentro de la caja yacía un tercero cuya actividad había terminado, la selva lo había vencido. A la selva boreal no le gusta el movimiento, la vida, y eso es lo que destruye. Hiela el agua para impedir que corra hacia el mar; arranca la savia de los árboles hasta paralizar sus poderosos corazones. Pero a quien ataca de la manera más terrible y feroz es al hombre.

Sin embargo, los que guiaban el trineo aún no estaban vencidos. Tenían las pestañas, las mejillas y los labios cubiertos de cristales de hielo. Caminaban sin hablarse, ahorrando el oxígeno para las funciones del cuerpo. En torno reinaba el silencio, oprimiéndolos con su presencia tangible. Su presión llegaba hasta lo más hondo

sobre las ramas de pinos que habían colocado encima de la nieve.

—¿Cuántos cartuchos nos quedan? —preguntó Enrique.

—Tres. ¡Quisiera que fueran trescientos! Y me gustaría que este frío cesara de una vez —añadió—. No me siento bien con cincuenta grados bajo cero. Preferiría que nos encontráramos en el Fuerte McGurry, jugando a las cartas.

Enrique se metió en la cama. Cuando empezaba a dormirse, su compañero lo despertó:

—Oye, Enrique, ¿por qué los perros no atacaron al que se comió el pescado? Eso me preocupa.

—No hagas caso —le respondió—. Calla y duérmete.

Se durmieron pesadamente, cubiertos con la misma manta. Cuando el fuego se extinguió, el círculo de ojos brillantes se cerró aún más. Los perros, acobardados, se acurrucaron estrechamente, mostrando, amenazadores, los dientes. Llegó un momento en que el alboroto fue tal que Bill despertó. Se levantó cuidadosamente y arrojó más leña al fuego. Cuando las llamas empezaron a elevarse, el círculo de ojos se alejó. Casualmente, miró a los apiñados perros y se restregó los ojos. Luego gritó a su compañero.

—¡Enrique! ¡Enrique!

—¿Qué sucede ahora?

—¡Nada! Solo que hay otra vez siete perros.

Enrique recibió la noticia con un gruñido y tornó a dormirse.

Eran ya las seis de la mañana cuando despertó Enrique, aunque aún faltaban tres horas para que amaneciera. Mientras preparaba el desayuno, Bill enrollaba las mantas y se disponía a atar los perros al trineo.

—¡Oye, Enrique! —exclamó—. ¿Cuántos perros dijiste que teníamos?

—Seis.

—Estás equivocado —afirmó Bill triunfalmente.

—¿Otra vez hay siete? —inquirió.

—No, cinco. Uno ha desaparecido.

—¡Diablo! —gritó Enrique, dejando de cocinar para contarlos—. Tienes razón —asintió—. El *Gordito* ha desaparecido. Seguro que se lo comieron vivo.

—Siempre fue un perro muy tonto —dijo Bill.

—Ningún perro, por tonto que sea, puede serlo tanto como para suicidarse de ese modo.

—Apuesto a que ninguno de los otros lo haría —aseguró Enrique.

—No los apartarías del fuego ni a palos —dijo Bill—. Siempre creí que el *Gordito* tenía algún defecto.

Y éste fue el epitafio para un perro muerto en aquellas frías tierras.

2

LA LOBA

Apenas desayunaron y amarraron al trineo el equipo del campamento, los dos hombres avanzaron en la oscuridad. Muy luego empezaron a oírse los aullidos de salvaje tristeza, encontrando eco al instante. A las doce, hacia el sur, el cielo adquirió un color rosa cálido, pero pronto desapareció. La luz del día se transformó en un gris uniforme que duró hasta las tres de la tarde, hora en que la noche ártica descendió sobre el paisaje solitario y silencioso.

Con la oscuridad, los gritos de caza se oyeron más próximos, tanto que más de una vez los perros se sobresaltaron.

—Ojalá encontraran una presa en otra parte y nos dejaran tranquilos —dijo Bill.

—Ataca los nervios oírlos —añadió Enrique.

No hablaron más hasta que acamparon. Enrique hacía la comida, cuando lo sobresaltó el ruido de un golpe, una exclamación de Bill y un aullido de dolor que provenía de entre los perros. Alcanzó a ver una forma difusa que desaparecía a través de la oscuridad. Al mismo tiempo vio a Bill, de pie entre los perros, con un palo en una mano y un trozo de salmón ahumado en la otra.

—Casi lo agarro —anunció—. Pero le di un buen golpe. ¿Oíste cómo aulló?

—Sí. ¿Y cómo era? —preguntó Enrique.

—No logré verlo. Pero parecía ser un perro.

—Debe ser un lobo domesticado, supongo.

—Domesticado por el diablo —rezongó Bill—.

Aquella noche, después de comer, cuando fumaban sus pipas sentados sobre la caja rectangular, el círculo de ojos se acercó aún más que antes. Enrique observaba el fuego y Bill los ojos que brillaban en la oscuridad.

—Me gustaría que nos encontráramos ya en el Fuerte McGurry —dijo Bill.

—¡Cállate y guárdate tus deseos! —estalló Enrique—. Tú estás mal del estómago. Tómate una cucharada de bicarbonato y serás un compañero agradable.

Al amanecer, una sarta de maldiciones despertó a Enrique. provenían de Bill, que estaba furioso.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

—*Rana* ha desaparecido.

—¡No!... ¡No puede ser! —exclamó Enrique—. *Rana* era el más fuerte de todos.

En un par de días ése fue el segundo epitafio.

Desayunaron con malos presentimientos, después de lo cual amarraron los cuatro perros restantes al trineo. Aquel día helado fue exactamente igual a los anteriores con los aullidos de sus perseguidores, que se mantenían invisibles a retaguardia. Cuan-

do oscureció a media tarde, los perseguidores se acercaron más, como era su costumbre. Los perros estaban asustados.

—Esto impedirá que estos tontos se escapen —dijo Bill, después de haber terminado su tarea.

Había atado los perros a la manera de los indios. A cada animal le había colocado un collar de cuero, al que había amarrado un palo de casi un metro de largo. El otro extremo del palo estaba fijo a otro, clavado en el suelo mediante otra correa de cuero.

—Es la única manera de impedir que se escapen —asintió Enrique—. Así mañana no habrá desaparecido ninguno.

—Apuesto lo que quieras a que no —afirmó Bill—. Si desaparece alguno, me quedaré sin café.

Durante algún tiempo, ambos hombres se entretuvieron observando los movimientos de aquellos bultos casi al borde del fuego. Mirando fijamente hacia donde brillaba un par de ojos, lentamente iba adquiriendo forma la silueta del animal.

Un ruido que provenía de los perros atrajo su atención. *Una Oreja* emitía cortos aullidos, luchando con su palo por escapar.

—¡Mira, Bill! —dijo Enrique.

A la luz del fuego se deslizaba, con movimientos cautelosos, un animal parecido a un perro.

Una Oreja se estiraba hacia el intruso cuanto se lo permitía el palo, aullando ansiosamente.

—Es una loba —dijo Enrique en voz baja—. Eso explica la desaparición del *Gordito* y de *Rana*. Es la carnada de los lobos. Lo atrae afuera y entonces sus compañeros lo devoran.

Chisporroteó el fuego. Al oírlo, aquel extraño animal desapareció de un salto en la oscuridad.

—Creo que fue a ese al que le di con el palo —repuso Bill—. Además considero que la familiaridad de ese animal con los campamentos y el fuego es sospechosa.

—Un lobo que se acerca cuando se da de comer a los perros, tiene cierta experiencia —añadió Enrique.

–El viejo Villan tuvo una vez un perro que se escapó y se fue con los lobos –dijo Bill distraídamente–. Yo lo maté de un tiro.

–Pienso que tienes razón, Bill. Ese lobo es un perro. Muchas veces habrá comido pescado de las manos de un hombre.

–Y si tengo la ocasión de pescarlo –dijo Bill–, será muy pronto una piltrafa de carne.

En la mañana, Enrique preparó el desayuno, mientras su compañero roncaba ruidosamente. Cuando se despertó, trató de alcanzar la cafetera, pero se interpuso Enrique.

–Hoy no tomarás café –le dijo.

–¿No queda más? –inquirió ansiosamente.

–Todavía hay.

–Pero, ¿qué sucede? –dijo Bill, indignado.

–*Veloz* ha desaparecido –respondió Enrique.

–¿Cómo fue? –preguntó molesto.

–No lo sé. A menos que *Una Oreja* lo haya soltado.

–¡Maldito sea! –exclamó Bill–.

–Bueno, a estas horas estará vagando en los estómagos de veinte lobos –dijo Enrique, a manera de epitafio sobre el último perro perdido–. Bebe tu café, Bill.

–Que me ahorquen si lo hago. –Dije que no tomaría café si desaparecía algún otro perro.

–Es un buen café –sugirió Enrique, tentándolo.

Pero Bill era terco y tragó su desayuno en seco.

–Esta noche los ataré lejos uno de otro –dijo Bill al emprender la marcha.

Apenas habían recorrido unos cien metros, cuando Enrique recogió algo con lo que había tropezado: era el palo al cual había atado al perro.

–Se lo comieron con piel y todo –exclamó Bill.

–Es la primera vez que me persiguen los lobos de esta manera, –dijo Enrique, riendo con aire de desafío.

–Sigue adelante –dijo Bill, sacando el rifle–. Yo veré lo que puedo hacer.

Enrique, sin replicar, continuó solo con el trineo, echando frecuentes miradas ansiosas hacia atrás, por donde se había internado su compañero. Una hora después, volvió Bill.

–Están esparcidos por una región muy amplia –dijo–. Se mantienen a nuestro alrededor, mientras cazan lo que pueden. Ya ves, están seguros de nosotros, aunque saben que deben esperar.

–Querrás decir “creen” estar seguros de nosotros –objetó Enrique.

Minutos después pudieron observar, detrás del trineo, saliendo del último recodo del camino, un animal peludo que trotaba. Seguía con el hocico el rastro, avanzando con un paso especial, como si se deslizara. Se detuvo, en cuanto ellos dejaron de avanzar.

–Es la loba –dijo Bill.

Después de examinarlos, el animal avanzó unos pasos y se detuvo. Repitió la maniobra varias veces, hasta encontrarse a una distancia de unos cien metros. Volvió a detenerse una vez más. Los espiaba con una mirada extrañamente inteligente, como si fuera un perro, pero sin la afectuosidad de éste. Era producto del hambre, tan cruel como sus propios colmillos, tan sin piedad como el hielo.

–Debe tener cerca de setenta y cinco centímetros de altura –comentó Enrique–. Apostaría a que tiene más de un metro y medio de largo.

–¡Qué color más raro para ser lobo! –comentó Bill–. Nunca he visto un lobo de color canela.

Ciertamente el animal no tenía ese color. Su pelo era gris, aunque con un leve tono rojizo que aparecía y desaparecía como una ilusión visual.

–¡Eh! ¡Tú! –gritó Bill–. Ven aquí.

–No te tiene miedo –comentó Enrique, riendo.

Bill agitó los brazos, como amenazándolo, y gritó con todas sus fuerzas. El animal no se inmutó. Solo pareció ponerse en guardia.

—Mira, Enrique —dijo Bill—. Nos quedan tres cartuchos. Pero es imposible fallar. No puedo dejar de matarlo. Ya se ha comido a tres de nuestros perros y debemos acabar con él de una vez. ¿Qué te parece?

Enrique asintió con la cabeza. Bill tomó el arma y empezó a levantarla para apuntar, pero no pudo hacerlo, porque la loba se ocultó entre los árboles.

—Debí habérmelo imaginado —dijo Bill, guardando el arma—. ¡Claro!, un lobo que sabe mezclarse con los perros a la hora de comer conoce las armas de fuego. Pero no se me va a escapar. Estaré al acecho y lo mataré.

—No te apartes mucho al intentarlo —le advirtió Enrique—. Si los lobos te atacan, tus tres cartuchos no te valdrán más que tres gritos en el infierno.

Aquella noche acamparon temprano, porque los tres perros no podían arrastrar el trineo durante tanto tiempo como cuando eran seis. Bill se preocupó de que los perros quedaran atados y a distancia uno de otro, para que no pudieran liberarse entre sí. Pero esto aumentaba la audacia de los lobos. Fue necesario echar de cuando en cuando más leña al fuego a fin de mantenerlos alejados.

—Presiento que no saldremos de ésta, Enrique —comentó Bill.

—Por la manera como hablas, parece que ya te hubieran devorado —le replicó molesto—. Cuando un hombre dice que está derrotado, se encuentra vencido a medias. Ya te han comido por la mitad.

—Han devorado a hombres más fuertes que tú y yo —respondió.

—¡Basta! ¡Deja de lamentarte de una vez!

Enrique se acostó enfurruñado y sorprendido de que Bill no le contestara. No solía ser ésta su costumbre. Antes de quedarse dormido, pensó: “Bill está asustado. Tendré que animarlo mañana”.



3

EL GRITO DEL HAMBRE

El día empezó bien. No habían perdido ningún perro durante la noche. Bill parecía haber olvidado sus presentimientos y hasta bromeó con los perros cuando éstos volcaron el trineo, en un paso difícil del camino.

Como el vehículo quedó atascado entre un tronco de árbol y una gran roca, tuvieron que desatar a los perros para enderezarlo. Los dos hombres se encontraban inclinados sobre el trineo, cuando Enrique advirtió que *Una Oreja* intentaba escaparse.

—¡Eh! ¿Adónde vas, *Una Oreja*?—gritó.

Pero el perro emprendió veloz carrera a través de la nieve, dejando su huella sobre ella. Afuera lo esperaba la loba. Cuando se acercó a ella, *Una Oreja* tomó sus precauciones. Aminó su marcha, mirándola con cierto cuidado y como dudando, pero ansioso. Ella parecía sonreírle. Avanzó unos pasos hacia él y luego se detuvo también. *Una Oreja* se acercó a ella, aún cauteloso, manteniendo erguidas la cabeza, la cola y las orejas.

Trató de olerle el hocico, pero ella se retiró juguetona y tímidamente. Cada vez que el perro avanzaba, la loba retrocedía. Por un momento, como si una advertencia hubiera cruzado por su cerebro, volvió la cabeza, observando el trineo volcado, sus hermanos de raza y los hombres que lo llamaban. Pero cualquiera que fuera la idea que tuviera, la borró la loba, que se le acercó, restregó su hocico con el suyo y volvió a retirarse.

Entretanto, Bill tomó el rifle pero los animales se hallaban muy cerca el uno del otro, como para disparar.

El perro comprendió el engaño y emprendió una veloz carrera hacia el trineo. Aparecieron para cortarle la retirada,

una docena de lobos, flacos y grises, que corrían tras él. Como por encanto desapareció la mansedumbre de la loba, porque rechinando los dientes se arrojó sobre *Una Oreja*. Este se la sacudió del lomo y, al ver que tenía cortada la retirada, cambió de dirección, intentando alcanzar a sus compañeros. A cada momento aparecían más lobos que tomaban parte en aquella furiosa caza.

—No pienso aguantar esto—exclamó Bill—. No van a quitarnos otro perro.

—¡Oye Bill!—gritó su compañero—. ¡Ten cuidado! ¡No te arriesgues!

Enrique se sentó en el trineo y esperó. De cuando en cuando, *Una Oreja* aparecía y desaparecía entre los arbustos. El perro comprendía el peligro en que se encontraba, pero corría tratando de poder sacar ventaja a sus perseguidores que lo seguían en líneas paralelas.

Ambas líneas se aproximaban rápidamente a un mismo punto, en el cual iban a encontrarse los lobos, Bill y el perro, lugar que Enrique no podía distinguir por los árboles. Todo ocurrió más rápidamente de lo que había imaginado. Oyó un disparo y luego otros dos en rápida sucesión, con lo cual comprendió que su compañero ya no tenía municiones. Después escuchó aullidos. Reconoció a *Una Oreja*, que aullaba de dolor y de terror, y el grito de un lobo herido. Eso fue todo. Sobre la tierra solitaria cayó otra vez el silencio.

Continuaba sentado en el trineo. No era necesario que fuera a ver lo que había ocurrido. Lo sabía como si lo hubiera visto. Se levantó de pronto y buscó el hacha. Pero volvió a sentarse y pensar, mientras los perros se acurrucaron a sus pies, temblando de miedo.

Al fin se levantó, enganchó los dos últimos perros al trineo. No llegó muy lejos. A la primera señal de oscuridad se apresuró a acampar, preocupándose de reunir una abundante leña.

Pero estaba escrito que no podría dormir aquella noche. Antes que pudiera cerrar los ojos, los lobos se habían acercado demasiado. A la luz de la fogata podía verlos claramente.

Mantuvo el fuego, porque sabía que era lo único que ahuyentaba a aquellos afilados colmillos. Los dos perros se encontraban a sus pies, mostrando los dientes cuando algún lobo se aproximaba demasiado.

Al amanecer el hombre se encontraba agotado, por la falta de sueño. A las nueve de la mañana, cuando salió el sol, cortó troncos delgados, preparó una alta plataforma, amarrando los maderos a otros aún más altos y, utilizando el correa del trineo como si fuera la cadena de una polea, levantó el ataúd hasta arriba con la ayuda de los perros.

—Han devorado a Bill y es probable que hagan lo mismo conmigo, pero a ti no te comerán —dijo, dirigiéndose al cadáver que yacía en aquel sepulcro aéreo.

Enseguida retomó el camino. El trineo avanzaba con rapidez para llegar cuanto antes al Fuerte McGurry. Los lobos los perseguían ahora abiertamente, mostrando sus rojas lenguas, colgantes por los costados. Enrique estaba asombrado de que pudieran seguir caminando y no cayeran exhaustos sobre la nieve.

Con la noche vino el horror. No solo aumentaba la audacia de los lobos, sino que la falta de sueño comenzó a afectarlo. Acurrucado cerca del fuego, con una manta sobre los hombros, el hacha entre las piernas y un perro a cada lado, cabeceaba a pesar suyo.

Enrique contó veinte fieras que lo miraban, hambrientas, o que dormían sobre la nieve. Le parecían unos niños, reunidos delante de una mesa, esperando el permiso para empezar a comer. ¡Y él era la comida! Se preguntaba cuándo y cómo empezaría el banquete.

Mientras amontonaba leña sobre el fuego, sintió por su cuerpo una admiración nueva en él. Observó sus músculos en movimiento y se interesó por el mecanismo de sus dedos. A la

luz de las llamas cerró lentamente el puño, una y otra vez. Todo aquello le fascinaba. Comprendió que aquel cuerpo maravilloso suyo, aquella carne viviente, no era sino alimento, una presa de animales hambrientos que desgarrarían y harían trizas con sus afilados colmillos, tal como él mismo se había alimentado muchas veces con renos y liebres.

Se despertó de un sueño intranquilo, que era casi una pesadilla, y encontró delante de sí a la loba roja, a una distancia menor de dos metros, echada sobre la nieve. A sus pies, los dos perros aullaban y mostraban los dientes, pero ella parecía ignorarlos. Miraba al hombre y durante algún tiempo éste sostuvo su mirada. La de la loba no tenía nada de amenazadora. Simplemente lo observaba con curiosidad, pero él sabía que esa actitud provenía de un hambre intensa. La loba bostezó y como le goteara la saliva, se relamía las fauces con un placer anticipado.

El hombre sintió terror. Rápidamente tomó un tizón para arrojársele. Pero en cuanto extendió la mano, para coger el improvisado proyectil, la loba saltó hacia atrás, escondiéndose. Mientras saltaba mostró sus blancos colmillos, desapareciendo como por encanto toda su curiosidad, reemplazada ahora por una malignidad de carnívoro que lo hizo temblar. Durante toda la noche ahuyentó a los hambrientos lobos con el fuego. Llegó el día, pero por primera vez la luz no consiguió ahuyentarlos. En vano esperó el hombre que se fueran. Permanecieron en círculos alrededor del fuego, mostrando tal arrogancia como si ya les perteneciera, lo que le hizo perder todo el valor que la luz del día despertara en él.

Intentó un desesperado esfuerzo por salir de allí. Pero en cuanto abandonó la protección del fuego, el más audaz de los lobos se echó sobre él, felizmente con un salto demasiado corto. Los demás lobos intentaron atacarlo, por lo que tuvo que arrojar astillas ardientes a derecha e izquierda para mantenerlos a cierta distancia.

Ni aun a plena luz del día se atrevió a abandonar el fuego para cortar más leña. A unos seis metros de distancia se encontraba un tronco de pino. Demoró casi medio día en llevar el fuego hasta allí, dejando siempre a mano astillas ardientes para arrojárselas a sus enemigos. Cuando llegó al árbol observó el bosque que lo rodeaba, para hacer caer el tronco en la dirección en que abundara más la leña.

La noche fue una repetición de la anterior, excepto que el sueño se convirtió en una necesidad inevitable.

Despertó sobresaltado. La loba se encontraba a menos de un metro de distancia de él. Mecánicamente, como a quemarropa le metió un montón de brasas en la boca, abierta en un bostezo. El animal retrocedió, aullando de dolor.

Esta vez, antes de volverse a dormir, se ató a la mano derecha una astilla ardiente de pino. Sus ojos se cerraron unos minutos, antes de que lo despertara el calor del fuego. Durante algunas horas practicó dicho procedimiento. Cada vez que despertaba, hacía retroceder a sus atacantes arrojándoles ramas encendidas y echaba más leña al fuego. Todo resultó bien hasta que una vez no aseguró la madera a su mano. Cuando cerró los ojos, la astilla cayó al suelo.

Soñó que jugaba a los naipes con el jefe de la factoría en el Fuerte McGurry. También soñó que los lobos rodeaban el fuerte, aullando. Algunas veces dejaban de jugar para reírse de los inútiles esfuerzos de los lobos por entrar. Tan extraño era el sueño que le pareció escuchar un ruido, como de algo que se desplomaba. Había caído la puerta. Veía a los lobos que entraban corriendo, saltando sobre el jefe y él. El ruido producido por los aullidos había adquirido una intensidad salvaje, tanto que le provocaba una molestia insoportable.

Despertó y se encontró con la enorme sorpresa de que los lobos atacaban. Los dientes de uno de ellos estaban a punto de cerrarse sobre su brazo. Instintivamente se agachó sobre el fuego, mientras sentía otra dentellada en la pierna. Empezó una lucha

alrededor del fuego. Arrojaba astillas en todas direcciones, hasta que el campamento tomó el aspecto de un volcán en actividad.

Pero no podía resistir mucho tiempo. Se le formaban ampollas en la cara; el fuego había destruido ya sus cejas y pestañas y el calor en los pies se hacía insoportable. Habían desaparecido sus dos últimos perros.

—¡Aún no me han vencido!—gritó salvajemente. El círculo de los lobos se agitó al oír su voz y la loba se acercó furtivamente hasta él, mirándolo fijamente.

Luego puso en práctica una nueva idea. Extendió el fuego formando un amplio círculo, dentro del cual se metió, colocando en el centro su bolsa de dormir. En cuanto hubo desaparecido tras el muro de llamas, los lobos se aproximaron curiosos para saber lo que había sido de él. La loba empezó a aullar. Y los lobos comenzaron a hacerle coro, proclamando su hambre.

Pasó la noche y vino el día. Las llamas ya no alcanzaban mucha altura. Enrique intentó salir de su círculo de fuego, pero los lobos le salieron al encuentro. Ya no retrocedían. Fue en vano cuanto hizo para lograrlo. Cuando el hombre se dio por vencido y volvió a meterse en su defensa de fuego, un lobo saltó hacia él, pero falló en la distancia y fue a dar con las cuatro patas sobre las brasas. Aulló de terror y se alejó arrastrándose para enfriar sus patas en la nieve.

Enrique se sentó sobre la manta. El círculo de llamas y de brasas se desintegraba y dejaba amplios espacios.

—Ahora pueden entrar y devorarme en cualquier momento—murmuró el hombre—. Pase lo que pase voy a dormir.

Se despertó una vez y vio a través de una de las aberturas, que la loba lo miraba ansiosamente. Se le cerraban los ojos.

Nuevamente despertó poco después, aunque a él le parecían horas. Algo misterioso había ocurrido: los lobos habían desaparecido, solo quedaban sus huellas sobre la nieve. Aunque el sueño volvía a rendirlo, despertó de un salto.

Oía gritos de seres humanos, traqueteos de trineos y ladridos de perros. Cuatro trineos se dirigían por el río hacia el campamento. Pronto rodearon al hombre, lo sacudían y trataban de despertarlo a golpes. El los miraba vagamente, mientras decía con voz extraña:

—La loba roja... Primero vino a comer junto con los perros... Después se los comió... Y finalmente a Bill...

—¿Dónde está Lord Alfred? —preguntó uno de los hombres, sacudiéndolo.

—No, a él no se lo comió... Está esperando en un árbol del último campamento.

—¿Muerto? —gritó el otro.

—Y en su ataúd —respondió Enrique, liberando con brusquedad su hombro de quien lo interrogaba—. ¡Déjenme! Estoy cansado... Buenas noches.

Parpadearon sus ojos y terminaron por cerrarse. Mientras lo acomodaban entre las mantas, sus ronquidos llenaban el aire helado.

Pero además se oía otro ruido. Era el clamor de los lobos hambrientos, que buscaban otra presa, puesto que habían perdido al hombre.

SEGUNDA PARTE

1

LA BATALLA DE LOS COLMILLOS

La loba fue la primera en percibir las voces de los hombres y el ladrar de los perros de trineos, y también fue la primera en alejarse del hombre. A los lobos les dolía abandonar la presa. Se mantuvieron algunos minutos por los alrededores, y al fin emprendieron la huida.

Corría al frente de la manada un gran lobo gris, uno de los jefes. Como advertencia a los lobatos que pretendían adelantarlo, les mostraba los dientes o les hincaba los colmillos. Cuando vio a la loba que iba adelante, aceleró el paso.

Ella se dejó alcanzar, adaptando su trote al de la manada. El lobo parecía estar poseído de un sentimiento de bondad hacia ella, porque permitía que le clavara los dientes cuando se le acercaba demasiado. Entonces se limitaba a dar un salto, apartándose a un lado, con lo que daba la impresión de ser un campesino enamorado.

Al otro lado de la loba corría un viejo lobo gris, marcado con las cicatrices de innumerables peleas. Iba siempre a la derecha, ya que solo le quedaba el ojo izquierdo. También él acostumbraba aproximarse a ella, rozándole su cuerpo con su hocico. Pero cuando ambos lobos le dedicaban sus atenciones al mismo tiempo, la loba se veía encerrada por ambos lados y le era preciso alejar a los amantes con rápidos mordiscos. Entonces, sus compañeros se mostraban los dientes amenazadoramente. Hubieran luchado, pero hasta la rivalidad debía ceder ante el hambre de la manada.

Por el lado del ojo desaparecido corría un lobo de tres años.

Sin embargo, este lobezno corría sin que su cabeza pasara a la del tuerto. Cuando se atrevía a adelantársele, un mordisco lo obligaba a retroceder. A veces avanzaba cautelosamente hasta colocarse entre el viejo jefe y la loba. Esto ocasionaba un doble y hasta un triple disgusto. Entonces, teniendo que enfrentarse con tres potentes dentaduras, el lobezno se detenía y se apoyaba sobre las patas traseras, rígidas las anteriores, la boca amenazante y erizadas las crines. Los lobos que venían detrás chocaban con el lobezno, expresando su disgusto con mordiscos.

De haber tenido alimentos, las luchas y el amor hubieran ido juntos y la manada se hubiera dispersado. Pero la situación era desesperada. En la retaguardia corrían los débiles, los muy jóvenes o muy viejos. Al frente marchaban los fuertes. Sin embargo, todos ellos parecían esqueletos.

Avanzaban enormes distancias cada día. Corrían toda la noche. Atravesaban la superficie de un mundo muerto y helado. Nada viviente se movía. Solo ellos seguían su interminable viaje.

Finalmente, se toparon con renos. Primero apareció un macho enorme. Dejaron de lado su acostumbrada paciencia y sus precauciones.

El animal al verse atacado por todos lados los pisoteó o los despedazó con sus cuernos. El reno los abría de arriba abajo o les deshacía el cráneo con diestros movimientos de sus cascos. Pero fue dominado y cayó desplomado con la loba cogida a su cuello.

Ahora había alimento en abundancia. El reno pesaba más de cuatrocientos kilos. Pronto solo unos pocos huesos esparcidos fue todo lo que quedó de aquella espléndida bestia.

Llegó un día en que la manada se dividió en dos grupos, que tomaron caminos diferentes. La loba, que llevaba a la izquierda al jefe más joven y a su derecha al tuerto, permitió que la mitad de la horda marchara por el Mackenzie hacia abajo. Día a día disminuían los lobos, desertaban en parejas. Finalmente solo quedaron cuatro: la loba, el jefe joven, el tuerto y el ambicioso lobato.



A la loba se le había puesto un carácter feroz. Sus tres seguidores llevaban las marcas de sus colmillos. El lobato era el más orgulloso y audaz de todos. Pero el viejo lobo se defendía con la experiencia de los años de vida.

La lucha empezó noblemente, pero no terminó así. Porque el otro macho se unió al más viejo y juntos atacaron al lobato para acabar con él. Mientras tanto, la loba, causa de todo, vigilaba la lucha que la divertía.

El lobato, que por primera vez peleaba por amor, perdió la vida. A cada lado de su cuerpo se erguían ambos rivales. El viejo jefe estaba lleno de sabiduría, tanto en el amor como en la batalla. El jefe joven giró la cabeza para lamerse una herida en la paletilla. La curva de su cuello quedó al descubierto para su rival. Con su único ojo, ésta pareció la oportunidad. Saltó como una flecha y cerró los colmillos. Fue un mordisco largo, desgarrante y profundo que cortó la vena yugular. Después, retrocedió limpiamente.

El joven aulló terriblemente y sangrando, herido ya de muerte, saltó sobre el viejo, luchando apenas; sus piernas le flaqueaban, acortando sus golpes y sus saltos.

Cuando el joven lobo cayó inmóvil sobre la nieve, el tuerto se dirigió hacia la loba. Su actitud demostraba una mezcla de triunfo y precaución, pero la loba no le mostró los dientes. Por primera vez lo recibió agradablemente. Se restregaron los hocicos y hasta saltó y jugó con él como si fuera un cachorro. Él mismo, a pesar de sus años, se comportó de la misma manera.

Pasaron los días y seguían juntos, cazando para compartir la comida. Después de algún tiempo, la loba empezó a dar muestras de intranquilidad. Parecía buscar algo.

Una noche de luna, mientras corrían a través de la selva, el tuerto se detuvo de pronto y olfateó el aire detenidamente. No satisfecho, siguió husmeando, tratando de comprender el mensaje que el aire le traía. Un soplo bastó a su compañera, para convencerlo de que no había peligro.

Hasta sus oídos llegó el ladrido de perros, los gritos de varios hombres, de mujeres y el lloriqueo de un niño. A excepción de las chozas y de las llamas del fuego, era poco lo que se veía. Pero hasta sus narices llegaban los mil olores de un campamento indio, el cual la loba conocía en todos sus detalles.

Se sentía agitada y olfateaba con placer. Mostraba ahora una nueva expresión de inteligencia, que no provenía del hambre. Quería acercarse al fuego, pelearse con los perros, de evitar y de perseguir a los hombres. El tuerto se movía impaciente a su lado. La loba empezó a sentir nuevamente aquella inquietud y comprendió la urgente necesidad de encontrar lo que buscaba desde hacía días. Dio vuelta y se internó en la selva, con gran satisfacción de su compañero.

El tuerto, que iba adelante, descubrió algo más blanco que la nieve que se movía débilmente. Echó a correr entonces en su dirección, pero aquella forma blanca ascendió verticalmente, convirtiéndose en una liebre que saltaba por encima del lobo.

El tuerto retrocedió de un salto, asustado y mostrando amenazadoramente los dientes.

Pero la loba se le adelantó en actitud despreciativa. Se detuvo un momento y luego saltó, tratando de alcanzar aquella liebre bailarina. Aunque se elevó a gran altura, no logró atraparla y sus dientes se cerraron en el aire con un ruido metálico. Lo intentó otras dos veces con el mismo resultado. Su compañero, que se había recobrado del pánico, concentró todas sus fuerzas en un salto definitivo. Sus dientes se cerraron sobre la presa, haciéndola descender a tierra con él. Pero al mismo tiempo, se escuchó un ruido sospechoso y entonces observó el tuerto, alarmado que una de las finas ramas se inclinaba para golpearlo. Sus dientes dejaron escapar la presa y retrocedió, mostrando los colmillos y gruñendo de miedo y rabia.

La loba se enojó y hundió sus colmillos en el cuello de su compañero para demostrar su reprobación. Mientras tanto, el

árbol volvió a su posición normal y la liebre empezó a bailar otra vez por encima de ellos. El tuerto, que ahora temía más a su compañera que a la amenaza de aquella extraña presa, saltó nuevamente para alcanzarla. Mientras caía otra vez hacia tierra con ella, no apartaba la vista del árbol. Se echó a tierra esperando el golpe, pero éste no llegaba. El árbol se movía cuando él lo hacía, pero si permanecía quieto el árbol hacía lo mismo.

Sin embargo, la sangre caliente de la víctima producía un gusto agradable en la boca. La loba lo liberó de la difícil situación. Se la arrebató de entre los dientes y mientras el árbol oscilaba amenazadoramente, la decapitó. Inmediatamente, el árbol se enderezó, sin ocasionar más molestias, permaneciendo en la posición que debe tener un árbol. Entre ambos devoraron la caza que aquel árbol les había ofrecido.

En otros senderos y alamedas, también colgaban liebres de los árboles. La pareja las devoró todas. La loba abrió la marcha, mientras el tuerto la seguía, interesado en aprender el arte de robar trampas, arte que podía servirle para el futuro.

2

LOS CACHORROS

Durante dos días la loba y el tuerto merodearon por las cercanías del campamento indio. Pero una mañana rasgó el aire el disparo de un rifle, cuya bala fue a incrustarse en un tronco a centímetros de la cabeza del tuerto. Escaparon por un sendero que en poco tiempo los puso fuera de peligro.

Después de unos días de correría, la necesidad de la loba de encontrar lo que estaba buscando se hizo más imperativa. Estaba muy pesada y no podía correr. Su agresividad era ahora peor

que nunca, aunque el tuerto se mostraba cada día más paciente y solícito. Finalmente encontró lo que buscaba. Las tormentas de la primavera habían socavado la roca y una pequeña fisura se había convertido en una cueva.

Se detuvo a la entrada y examinó cuidadosamente los muros. Luego penetró en ella. Avanzó casi reptando, pero después las paredes se ensanchaban formando una cámara circular de casi un metro y veinte centímetros de diámetro. El tuerto, que se mantenía vigilante, la observaba contento. La loba movía continuamente las orejas, mientras abría el hocico y extendía la lengua pacíficamente, con lo que quería expresar su alegría y satisfacción.

El tuerto tenía hambre. Aunque se echó a la entrada de la caverna, solo durmió por breves instantes. De cuando en cuando daba ansiosas miradas a su compañera, que no demostraba ningún deseo de levantarse. Miró hacia fuera y vio pinzones de las nieves cruzando su campo visual. Iba a levantarse, pero se tiró al suelo y se durmió otra vez. Lo despertó un mosquito que se había posado en su nariz.

Se arrastró hasta su compañera y la incitó a levantarse. Pero ella se limitó a gruñirle. El lobo salió solo, encontrando que la nieve se había ablandado. Se dirigió río arriba, por el cauce congelado donde la nieve, protegida por los árboles, era aún dura. Después de ocho horas fuera de la cueva volvió, más hambriento que cuando se marchó. Había encontrado caza, pero no pudo apoderarse de ella.

A la entrada de la cueva se detuvo súbitamente sorprendido. Del interior salían unos débiles sonidos que no los producía su compañera y que, sin embargo, le eran vagamente conocidos. Se arrastró cautelosamente sobre el vientre, pero un aullido de su irritada compañera le advirtió que no siguiera avanzando, por lo que se acurrucó en la entrada, donde se quedó dormido.

Cuando llegó la mañana y una débil luz iluminó la cueva, volvió a buscar el origen de aquellos ruidos. Entonces descubrió

cinco pequeños seres vivientes, debiluchos, que gemían. El lobo se sorprendió mucho. No era la primera vez, en su larga vida, que le ocurría eso. En verdad lo había visto ya muchas veces, sin embargo siempre era para él una sorpresa.

Su compañera lo miraba ansiosamente. Cuando él quería aproximarse, ella lanzaba un aullido amenazador. La loba no tenía ninguna experiencia anterior, pero su instinto y experiencias anteriores le traían el recuerdo de lobos que habían devorado a sus hijos, incapaces de defenderse, poco después de nacer. Sin embargo, no existía aquel peligro. Para el tuerto era la cosa más natural del mundo que, obedeciendo a aquel impulso, se alejara de su cría y se dirigiera a la búsqueda de alimento.

A una distancia de ocho a diez kilómetros de la caverna, encontró huellas frescas y su fino oído distinguió al mismo tiempo el ruido de unos dientes que roían algo. Se acercó cautelosamente y encontró que era un puercoespín que afilaba sus dientes en el tronco de un árbol. El puercoespín se hizo una bola, alzando como rayos sus afiladas agujas que impedían el ataque. Como el tuerto había tenido en su juventud una mala experiencia con una bola semejante, decidió tirarse al suelo cómodamente, manteniendo el hocico a una distancia de treinta centímetros. Esperó así, sin mover un solo músculo. Nadie podía decir lo que pasaría. Podía ocurrir que el animal se desenroscara, y sería la oportunidad de abrirle el vientre de un zarpazo.

Pero después de media hora, se levantó, gruñó con rabia a la bola inmóvil y se alejó. El instinto paternal se había despertado en él y debía encontrar alimento. En la tarde se encontró una gallinácea, que estaba sobre un tronco a menos de treinta centímetros de su nariz. Ambos se vieron al mismo tiempo. El ave intentó elevarse de improviso, pero el lobo le dio un golpe con sus patas, saltó sobre ella y la atrapó con los dientes. Entonces recordó su obligación, se contuvo y emprendió el viaje de regreso.

Mientras corría, observó unas grandes huellas en la nieve. Como seguían el mismo camino que llevaba, se preparó a hacer frente al animal que las había dejado, en cualquier punto del río.

Protegiéndose detrás de una roca, asomó la cabeza, viendo algo que lo hizo echarse inmediatamente: un lince hembra de gran tamaño estaba echado, como había estado él mismo unas horas antes, frente a la encogida bola de espinas. El tuerto se deslizó como una sombra y dio una vuelta alrededor de ambos, hasta que se encontró muy cerca.

Se echó en la nieve, al lado de su presa. Vigilaba aquel juego de vida y de muerte que se desarrollaba delante de sí: el lince trataba de comer, y el puercoespín de no ser comido.

Pasó una hora y nada ocurría. La bola espinosa bien podía ser una piedra. El lince se había petrificado. El tuerto parecía haber muerto. Sin embargo, los tres animales nunca habían estado tan vivos como en esa ocasión. El lobo se movió ligeramente y observó que algo estaba sucediendo. Lentamente, con gran precaución, el puercoespín se entreabría, la bola de agujas se enderezaba y se extendía.

El animal no alcanzó a desenrollarse enteramente, cuando descubrió a su enemigo. Entonces atacó el lince, sus uñas desgarraron el vientre indefenso, casi por completo. Pero al mismo tiempo el puercoespín agitó la cola, hundiendo las afiladas espinas antes de que el lince pudiera retirar la pata.

Todo transcurrió en un instante: el ataque del lince, el contraataque del puercoespín, el grito de agonía de éste, el aullido de dolor y de sorpresa del gran gato. El tuerto, excitado, casi se levantó. El lince perdió la paciencia y se arrojó salvajemente sobre lo que le había herido. Pero el puercoespín sacudió nuevamente la cola, aullando de dolor el gran gato. Retrocedió: su nariz, cubierta de agujas, parecía un alfilerero. Al tuerto se le pararon todos los pelos, cuando sin ninguna advertencia el lince saltó, lanzando al mismo tiempo un maullido largo y terrible. Después se alejó dando saltos, sin dejar de maullar.

El tuerto no se atrevió a abandonar su escondite hasta que dejaron de oírse los maullidos. El puercoespín había conseguido enrollarse a medias, porque estaba demasiado herido, además de que sangraba abundantemente.

El tuerto chupó la nieve empapada de sangre, lo que aumentó su hambre. Se echó a esperar, mientras el puercoespín rechinaba los dientes y gruñía. Pronto el lobo notó que el cuerpo de la presa temblaba, hasta que finalmente quedó rígido.

El tuerto, nervioso y dispuesto a saltar hacia atrás al menor indicio de peligro, lo estiró con las patas y lo dio vuelta. Después de mirarlo, le hincó cuidadosamente los dientes y se dirigió río abajo, llevando al puercoespín. Recordó algo, dejó caer su presa y se volvió al lugar donde había dejado la gallinácea. Se la comió y continuó su regreso.

Cuando arrastró el producto de su caza al interior de la cueva, la loba lo inspeccionó, volvió hacia él el hocico y le lamió la paletilla. Pero luego lo alejó de los cachorros, mostrándole los dientes menos dura que lo usual. Disminuía el miedo instintivo de la hembra por el padre de su cría. El tuerto se portaba como corresponde a un lobo y no devoraría aquellas vidas que ella había traído al mundo.

3

EL LOBATO GRIS

Era diferente a sus hermanos. El pelo de éstos ya mostraba el color rojizo de la madre, él se parecía a su padre. Era el único lobato gris de la camada. Pertenecía a la auténtica raza de los lobos, era idéntico al viejo tuerto, pero con los dos ojos sanos.

Conocía muy bien a sus dos hermanos y a sus hermanas. Empezó a jugar con ellos de manera débil y aun a pelearse, mientras su garganta vibraba con un sonido curioso, como si se raspase algo (precursor de futuros aullidos), cuando estaba furioso. Mucho antes de abrir sus ojos, aprendió a conocer a su madre: fuente de ternura y de alimento líquido y cálido.

Pasó durmiendo la mayor parte de su primer mes de vida. Pero ahora que ya podía ver a su madre, se alejaba para conocer el mundo. Este era muy pequeño: sus límites eran los muros de la caverna. Pero como no sabía que existía algo fuera de ella, no lo molestaba tal estrechez.

Pronto descubrió que uno de los muros de la caverna era distinto de los demás: era entrada y fuente de luz. Esto ejerció una irresistible atracción sobre él. Siempre, aun antes del comienzo de su vida consciente, se arrastró hacia la entrada de la cueva. Sus demás hermanos también hacían lo mismo. La luz los atraía como si fueran plantas. Pero su madre siempre los traía de vuelta.

Así, el lobato gris aprendió a conocer otras aptitudes de su madre, aparte de su lengua suave y acariciadora. Al intentar insistentemente alcanzar la luz, descubrió que ella poseía un hocico y una pata que lo arrojaban al suelo haciéndolo rodar. En esta forma aprendió a conocer el dolor y a evitarlo.

Como sus hermanos, era un cachorro feroz, lo que no es de extrañar, puesto que tenían que matar para comer. La leche que mamó cuando pequeño era carne transformada directamente en alimento. Ahora, cuando ya tenía un mes, empezaba también a comer carne, que la loba digería a medias y luego devolvía para alimentar a sus cachorros. Pero en verdad era el más malo de toda la camada. Sus rabietas eran mucho más terribles que las de sus hermanos. Fue el primero que aprendió la manera de hacer rodar de una patada a cualquiera de los otros cuatro, así como a prenderse de una oreja y a tirar y a gruñir a través de la dentadura herméticamente cerrada.

Día a día aumentaba la fascinación que la abertura de la cueva ejercía sobre el lobato gris. Continuamente se acercaba hacia ella, pero llegaba la loba y lo mandaba a su sitio. Solo que él no sabía que era la entrada. No sabía nada acerca de entradas o salidas. Para él la entrada de la cueva era un muro de luz.

Algo extraño había en este muro. Su padre (ya lo reconocía: criatura muy parecida a su madre, que dormía cerca de la luz y traía la carne) tenía la costumbre de caminar en dirección a aquel muro luminoso y desaparecer. El lobato no podía comprenderlo. Había explorado toda la cueva, encontrando que la punta de su nariz chocaba con algo duro que causaba dolor. Después de varias intentonas, no se preocupó más y aceptó la desaparición de su padre en el muro luminoso como algo especial de su progenitor, así como la leche y la carne semidigerida eran propias de su madre.

Como la mayor parte de los seres salvajes, no tardó en padecer de hambre. Llegó un tiempo durante el cual no solo cesó el suministro de carne, sino que también se agotó la leche de su madre. Ya no jugaban ni peleaban entre ellos, ya no se oían rabietas ni aullidos. Los cachorros dormían, mientras la llama de la vida vacilaba en ellos, amenazando con extinguirse completamente.

El tuerto estaba desesperado. Descansaba muy poco en la cueva, para dedicarse a hacer largos recorridos. También la loba abandonó la camada y se dedicó a buscar alimento. Después de nacer los cachorros, el tuerto había visitado frecuentemente el campamento indio, robando las trampas para liebres. Pero, al fundirse el hielo y ser navegables los ríos, los indígenas habían trasladado sus chozas.

Cuando el lobato gris logró recuperarse, advirtió que había disminuido la población de su mundo. Solo quedaba una hermana, los demás habían desaparecido. Al aumentar sus fuerzas y querer jugar, se vio obligado a hacerlo solo, porque su hermana no levantaba la cabeza ni se movía. El cuerpo del lobato se robustecía con

lo que comía, pero el alimento llegó demasiado tarde para ella. Dormía todo el tiempo y no era más que un esqueleto recubierto de piel, en que la vida se consumía, hasta que se extinguió.

Llegó una época en la cual el cachorro ya no vio a su padre aparecer y desaparecer por el muro luminoso. La loba sabía por qué no regresaba el tuerto, pero no tenía medios para explicárselo al lobo gris. Mientras ella se dedicaba a cazar, encontró huellas del tuerto, que debían ser del día anterior, cerca de la vivienda del linco. La loba encontró lo que quedaba del tuerto, al final de las huellas. Había indicios de una lucha encarnizada y de la retirada hacia la cueva del vencedor. Antes de alejarse, encontró su refugio, pero como podría encontrarse dentro, no se atrevió a entrar.

Media docena de lobos pueden obligar a un linco a refugiarse en un árbol, pero un lobo solo no enfrenta a un linco, especialmente cuando se sabe que tiene una camada hambrienta que alimentar.

La vida salvaje tiene sus exigencias, y la maternidad es protectora allí y fuera de allí. La maternidad está siempre dispuesta a proteger a su prole. Llegaría el día en que por su lobato gris se arriesgaría y volvería a la cueva del linco y a su furia.

4

EL MURO DEL MUNDO

Cuando la loba empezó a abandonar la cueva para dedicarse a cazar, el lobato había aprendido a no acercarse a la entrada. No solo se lo había enseñado su madre con violencia, sino que también empezaba a desarrollarse en él el instinto del miedo. Aunque nunca lo había sentido, llegaba hasta él a través de la experiencia de sus padres.

Así ocurrió que, obedeciendo a la ley dictada por su madre y por el miedo, se mantuvo alejado de la entrada de la caverna. Cuando la loba no se encontraba junto a él, pasaba el tiempo durmiendo. Si estaba despierto, se mantenía silencioso, ahogando los lamentos que pugnaban por salir y su tendencia a hacer ruido.

Un día en que estaba solo, escuchó un ruido extraño en la boca de la cueva. No sabía que era un glotón, temblando de miedo y audacia, que olisqueaba cuanto había adentro. El cachorro sabía que algo pasaba pero no sospechaba qué.

Se erizaron las crines. ¿Cómo sabía él que aquella cosa que olisqueaba era una de esas ante las cuales debe erizarse el pelo? Acompañaba al terror otro instinto: el de ocultarse. El cachorro estaba petrificado. Cuando regresó su madre gruñó al sentir el olor del glotón; entró corriendo y le lamió todo el cuerpo, con excesivo afecto. Y el lobato adivinó que había escapado de un gran peligro.

Pero al fin, un día, impulsado por la fuerza vital, dejó de lado el miedo y la obediencia a su madre, y avanzó tambaleándose hacia la entrada.

Al revés de todos los otros muros que había conocido, éste parecía retroceder a medida que avanzaba. Ninguna pared dura chocaba con su nariz, que él mantenía como vanguardia. La sustancia del muro parecía tan permeable y débil como la luz. Era para volverse loco. Se arrastraba a través de lo que él creía sólido. El miedo lo impulsaba a volverse, pero el crecimiento lo impulsó a seguir adelante. De pronto, se halló en la entrada de la cueva. El muro dentro del cual había creído encontrarse se alejó a una distancia infinita. La luz era tan clara que hacía daño; automáticamente, sus ojos empezaron a acomodarse a su intensidad, adaptándose sus pupilas a la mayor distancia de los objetos. La apariencia del muro había cambiado. Era un muro compuesto por los árboles que crecían en las orillas del río, por las montañas que se recortaban en el horizonte y por el cielo.

Sintió un gran miedo. Aparecía nuevamente lo desconocido. Siguió mirando, su interés era mayor que sus temores. Empezó a notar la existencia de objetos cercanos: una parte del río, el pino semidestruido que se encontraba en la base del declive y que terminaba a unos sesenta centímetros por debajo de la entrada de la cueva.

El lobato, que había vivido siempre en un suelo plano, no había experimentado nunca la sensación de una caída, por lo que continuó avanzando audazmente en el vacío. Mientras sus patas traseras se apoyaban aún en la entrada de la cueva, las delanteras se encontraron en el aire, cayendo de cabeza. Se golpeó duramente, lo que lo hizo aullar. Empezó a rodar hacia abajo por el declive. El terror se apoderó de él.

La pendiente era cada vez menos inclinada y perdía velocidad. Cuando finalmente se detuvo, lanzó un último gemido de desesperación, luego comenzó a lamerse el barro que lo ensuciaba.

Después se sentó y empezó a observar el lugar en que se encontraba. Solo le interesaba el mundo que lo rodeaba. Una ardilla que corría por el tronco del pino semidestruido cayó sobre él, asustándolo nuevamente. Pero su enemigo, que tenía tanto miedo como él, trepó al árbol y desde allí insultó al lobato.

Esto elevó su moral y tal era su confianza, que cuando un pájaro chocó audazmente con él, extendió amigablemente una pata, como pretendiendo jugar con él. Este le respondió con un picotazo en la nariz, lo que le hizo caer a tierra y aullar. El ruido fue tan agudo que el pájaro emprendió el vuelo.

Pero el lobato aprendía. Su mente había establecido una clasificación: existían cosas vivientes y otras que no lo eran. Además, era necesario cuidarse de las primeras. Las otras permanecían siempre quietas, en cambio las vivientes se movían, y resultaba imposible adivinar lo que harían.

Se movía torpemente. Caía sobre los arbustos y sobre las cosas. Una rama, que él suponía muy lejos, le golpeaba en el momento menos pensado el hocico o las costillas. Aprendía con cada fracaso, ya empezaba a acomodarse a las cosas y a calcular sus propios movimientos.

Aunque lo ignoraba, había nacido para ser un cazador. En su primer viaje de exploración, la casualidad lo hizo caer sobre una presa, a la entrada de la cueva. Cuando caminaba a lo largo del tronco de un pino derrumbado, la corteza podrida cedió a sus pies. Desesperado, se sintió caer encontrándose en un nido con siete polluelos muy pequeños, cosa que lo molestó. Se movían. Agarró con sus patas a uno de ellos y luego se lo metió en la boca. El polluelo se agitaba y le hacía cosquillas. Cerró las mandíbulas y la sangre cálida le llenó la boca. Le gustó, era carne, la misma que le traía su madre, solo que ésta estaba viva entre sus dientes. Se comió aquel polluelo y luego a los demás.

Cuando salía del nido, un torbellino de plumas lo cegó: era la madre de los polluelos. Y estaba furiosa. Pero el lobato empezó también a enfurecerse. Clavó sus dienteillos en una de las alas y la desgarró con todas sus fuerzas. El ave luchaba dejando caer sobre él una lluvia de golpes con el ala que le quedaba libre. Era la primera batalla del cachorro. Ya no tenía miedo. Sentía deseos de matar. Siguió prendido del ala, mientras gruñía por entre sus dientes fuertemente apretados. Mientras tanto, el ave continuaba chillando y golpeándole con el ala. El lobato empezaba a comprender el sentido de su existencia en el mundo: matar a las cosas vivientes y luchar para poder hacerlo.

El ave le picoteó la nariz, que ya había salido bastante mal parada. Retrocedió pero sin soltarla. El ave siguió picoteándolo, ante lo cual empezó a aullar lastimeramente y, abandonando la presa, echó a correr en vergonzosa derrota.

Mientras descansaba, echado, al otro extremo del bosquecillo con la lengua afuera por el cansancio, sintió de pronto que



algo horrible estaba por sucederle, por lo que instintivamente se refugió en las ramas. Una ráfaga de viento pasó cerca de él y un largo cuerpo alado se deslizó silenciosamente como un símbolo de mal presagio. Un halcón, descendido del azul del cielo, le había errado por una distancia pequeñísima.

Entretanto, la gallineta había salido del nido. Debido a la pérdida que acababa de comprobar, no prestó atención al rayo que le caía del cielo. El lobato observó la picada del halcón, su ataque sobre el ave aterrorizada y la forma veloz como ganó altura, llevándose la.

Pasó algún tiempo antes de que abandonara su refugio y bajó hasta el río. Era la primera vez que veía agua y parecía tan fácil caminar sobre ella. Echó a andar audazmente sobre la capa líquida, pero se hundió. El lobato abrió las fauces, respirando agitadamente, mas el agua entró en sus pulmones y el ahogo que experimentó fue como una agonía.

Pronto volvió a la superficie y el aire vital entró a raudales por su boca abierta. Y ya no se hundió más. Instintivamente empezó a mover las patas y a nadar. El arroyo no era muy caudaloso y en aquel punto se ensanchaba. Las aguas estaban muy turbulentas allí. A veces se hundía por la fuerza de la corriente, y otras flotaba, pero siempre chocaba con las rocas.

Más allá de los rápidos había un remanso, donde lo cogió el movimiento circular de las aguas, que lo llevó suavemente hasta la orilla. Se arrastró enérgicamente hasta quedar fuera del alcance del líquido. Había aprendido algo más acerca del mundo. El agua no era una cosa viva y sin embargo se movía. Dedució que las cosas no son siempre lo que parecen. Ahora desconfiaría permanentemente de todo. De repente se acordó de mamá loba. Además tenía sueño al sentirse tan solo y se dedicó a buscarla.

Atravesaba un grupo de arbustos cuando oyó un chillido agudo de amenaza. Ante sus ojos pasó un relámpago de color amarillo. Era una comadreja que se alejaba de él a saltos. Pero

ante sus mismos pies distinguió una cosa viva extraordinariamente pequeña, de unos pocos centímetros de largo: una comadreja joven que, como él, había salido en busca de aventuras. Intentó retirarse ante el lobato, pero éste la hizo dar vueltas con sus patas. En aquel mismo momento apareció nuevamente el relámpago amarillo. Oyó otra vez el chillido amenazante y en el mismo instante recibió un golpe en el cuello y sintió que agudos dientes cortaban su carne.

Mientras aullaba, arrastrándose hacia atrás, vio que la madre se alejaba con su cría y desaparecía en la espesura. Aún seguía lamiéndose, cuando reapareció la comadreja. Llegó más cautelosamente, con su cabeza levantada. Un chillido agudo y amenazador hizo que se le pararan todos los pelos y que le mostrara los dientes. Ella se acercaba más y más. Dio un salto, mucho más rápido de lo que podía percibir la vista del cachorro, y la comadreja le clavó los dientes en el cuello.

Al principio el lobato trató de pelear, pero era muy joven. La comadreja seguía colgada, intentando llegar hasta la vena por donde corría la vida del pequeño.

El lobato hubiera muerto si la loba no llega en ese punto a través de la espesura. La comadreja dejó el lobato para saltar sobre la loba, intentando prenderse de su cuello, pero calculó mal la distancia. Sus dientes se clavaron en la mandíbula, de los que se desprendió la loba sacudiendo la cabeza como si fuera un látigo. La comadreja se elevó por el aire y, al descender a tierra, encontró la muerte en los colmillos que se cerraron sobre su cuerpo ágil y amarillo.

Su madre lo acarició con el hocico y le lamió las heridas. Después loba y lobato la devoraron y regresaron a la cueva para dormir.

5

LA LEY DEL SUSTENTO

Luego de dos días de descanso, el lobato se atrevió a abandonar nuevamente la cueva. Durante su segunda salida encontró a la cría cuya madre habían devorado, siguiendo el mismo destino. Pero en esta segunda aventura no se extravió. Cuando se cansó, encontró el camino de regreso. Desde entonces salía diariamente, recorriendo extensiones cada vez mayores.

Aprendió a apreciar sus fuerzas y a saber cuándo podía ser audaz y cuándo cauteloso. Pero se convertía en un demonio cuando se encontraba con alguna gallinácea. Jamás olvidó al halcón, y su sombra lo hacía protegerse en el bosquecillo más próximo. Empezaba a adoptar el paso de su madre: veloz y furtivo, aparentemente sin esfuerzo, deslizándose con una rapidez imperceptible. Entretanto su alimento se había agotado. Los siete polluelos de la nidada y la joven comadreja era todo lo que había podido cazar hasta entonces. Con el transcurso del tiempo aumentaba su deseo de matar. Tenía voraces intenciones respecto a la ardilla, pero ésta se trepaba a los árboles y no podía atacarla por sorpresa.

Volvió el hambre. La loba enflaquecía en busca de alimento. Rara vez dormía en la cueva, perdiendo inútilmente el tiempo en la caza, que siempre compartía con el lobato. Este no lograba encontrar nada. Sin embargo, los fracasos aceleraban su madurez. Estudió con gran cuidado los hábitos de la ardilla, acechó a los roedores y trató de hacerlos salir de sus cuevas. Habían aumentado su fuerza, su saber y su confianza. Se mostró a la vista de todos en un espacio abierto y desafió al halcón a que bajara de la altura. Pero el halcón se negó a bajar y a pelear.

Luego pasó el período del hambre. La loba trajo a la cueva un alimento muy distinto a lo cazado antes. Era uno de los hijos del lince. Era entero para él. Su madre había satisfecho su hambre devorando al resto de la familia.

Con el estómago lleno, se echó a dormir junto a la loba.

De pronto el aullido feroz de la loba lo despertó asustado.

A la entrada de la cueva se encontraba la lince hembra rugiendo de rabia: venía a vengar a sus hijos. Al lobato se le erizaron los pelos. La lince rugió roncamente.

Se aprestaron a la lucha y el cachorro se puso al lado de la loba, pero ella lo rechazó y lo hizo ponerse detrás.

Debido a que la cueva era muy baja, la lince no podía entrar y cuando lo intentaba, la loba saltaba sobre la intrusa y a mordiscos la obligaba a salir. El lobato no vio mucha lucha. Ambas hembras se mostraron los dientes, se los clavaron mutuamente y profirieron rugidos de rabia. Ambas se revolcaban atacándose: la lince desgarraba con sus dientes y uñas, mientras que la loba solo utilizaba sus colmillos.

Llegó un momento en el que el lobato pudo meterse en la pelea y clavó los dientes en una de las patas traseras de la lince, aullando al mismo tiempo. Sin saberlo, al impedir el movimiento de la pata, evitó muchas heridas a su madre. Un cambio en la pelea lo hizo quedar debajo de ambas hembras. Enseguida, la lince con una de sus patas le causó al cachorro una herida en la paletilla, que dejó al descubierto el hueso, arrojándolo a uno de los muros de la cueva.

La lince había muerto, y la loba salió débil y muy malherida de la batalla. Todo el día y la noche siguiente yació al lado de su enemiga, respirando apenas. No salió de la cueva durante una semana, excepto para beber. Al terminar la semana ambos habían acabado de devorar la lince y las heridas de la loba estaban curadas como para dedicarse nuevamente a cazar.

La paletilla del lobato estaba aún rígida y le dolía. Pero mostraba mayor confianza en sí mismo y un sentimiento de coraje que antes no conocía. Había luchado y había sobrevivido.

Empezó a acompañar a su madre en la caza, veía cómo cazaba y tomaba parte en ella. Para él había dos clases de vida: la de su especie y la de las otras. La propia era su madre y él. La otra estaba formada por todas las cosas que se movían y que se dividía en aquellos seres que su propia especie devoraba, subdividiéndose en animales que no mataban o que si lo hacían, era a otros más pequeños. La vida necesitaba el alimento. Y a la vez era alimento. Existían seres que devoraban y otros que eran devorados. La ley era: *devora o te devorarán*.

TERCERA PARTE

1

LOS DIOS DEL FUEGO

El lobato había salido de la cueva para beber, tenía mucho sueño, ya que la noche la había pasado cazando. Pasó de largo al lado del pino semidestruido y siguió trotando. De pronto lo olió y lo vio: sentadas ante él se hallaban cinco cosas vivientes, de una especie desconocida para él.

Fue su primer encuentro con los hombres. Al ver al lobato no se echaron sobre él ni le mostraron los dientes. No se movieron, sino que permanecieron silenciosos y amenazadores.

Tampoco él se movió. Todos los impulsos de su naturaleza lo habrían llevado a correr, pero un gran miedo lo inmovilizó.

Nunca antes había visto a un hombre y reconocía en él, de manera confusa, al animal que había luchado hasta obtener la supremacía en la selva.

Si hubiera sido adulto, habría escapado a toda prisa. Pero como era joven se echó a tierra paralizado por el miedo.

Uno de los indios se acercó al lobato, el que se apretó aún más a la tierra. Era lo desconocido, inclinándose para apoderarse de él. Involuntariamente se le erizó el pelo. Su hocico se levantó mostrando los pequeños colmillos. La mano permaneció suspendida sobre él como una amenaza y dudó un momento, después de lo cual el hombre habló, riéndose: ¡*Waban wabisca ip it tah!* (“¡Qué blancos tiene los colmillos!”).

Animándolo, los demás indios rieron para que levantara al lobato. Cuanto más cerca se encontraba la mano, mayor era la

lucha de los instintos que se libraba dentro del animal: uno de entregarse y otro de luchar. Realizó ambas cosas. Se entregó hasta que la mano estuvo exactamente encima de él. Entonces, con la velocidad de un rayo clavó los dientes en la mano. Inmediatamente recibió un golpe en la cabeza que lo hizo dar una vuelta completa. Con lo que abandonó su deseo de pelea: se echó al suelo y comenzó a gimotear. Pero el hombre estaba enojado y le dio otro golpe en la cabeza.

Los indios se rieron, rodeando al cachorro, mientras éste seguía lamentándose. Pero de pronto oyó algo, que también fue oído por los indios. Llegaba su madre: la feroz e indomable, la que mataba y jamás tenía miedo.

La loba aullaba mientras corría. Casi chocó con el grupo de indios. Su instinto maternal le daba un aspecto terrible que agradaba al lobato. Los indios retrocedieron, mientras la loba se colocaba delante de su hijo, erizado el pelo, emitiendo un profundo ronquido.

—¡Kiche!—gritó de pronto uno de los hombres y la loba perdió parte de su enojo—. ¡Kiche!—volvió a gritar autoritario.

El lobato vio que su madre, se echaba a tierra, profiriendo aullidos amistosos y moviendo la cola. No lo entendía. Estaba asombrado y aterrorizado. Pero su instinto no lo había engañado: hasta su madre se rendía a esos extraños seres.

El hombre que había hablado se aproximó a la loba. Puso su mano sobre su cabeza y el animal solo se apretó más contra el suelo. No intentó morder. Los indios que la rodearon emitían extraños ruidos con sus bocas, que no eran peligrosos, por lo que se recostó al lado de su madre.

—Es extraño—comentó uno de los indios—. *Kiche* es hija de un lobo. Es cierto que su madre era una perra, pero mi hermano la amarró tres noches en el bosque durante la época de celo.

—Hace un año que se escapó, Nutria Gris—comentó otro.

—No es extraño, Lengua de Salmón—respondió Nutria Gris—. Era la época del hambre y no había comida para los perros.



—Ha vivido con los lobos —dijo el tercero de los indios.

—Así parece, Tres Águilas —repitió Nutria Gris, poniendo su mano sobre el cachorro—. Esta es la demostración de ello. Está claro que *Kiche* es su madre. Pero su padre ha sido un lobo. Sus colmillos son blancos, por lo que se llamará *Colmillo Blanco*. Está dicho. El será mi perro. ¿No pertenecía *Kiche* a mi hermano? ¿Y no murió éste?

Después Nutria Gris se dirigió al bosque más cercano y cortó con su cuchillo un palo. *Colmillo Blanco* no lo perdía de vista. Perforó el palo por sus dos extremos, por los que pasó sendas tiras de cuero. Uno de los extremos ató al cuello de *Kiche* y el otro a un pino.

Colmillo Blanco se echó al lado de su madre. La mano de Lengua de Salmón le hizo dar vuelta, mientras los dedos extendidos le cosquilleaban el vientre, haciéndolo oscilar de un lado para otro. Finalmente, cuando el hombre se alejó después de haberlo frotado por última vez, desapareció todo el miedo de *Colmillo Blanco*.

Algunos minutos más tarde, aparecieron más hombres, mujeres y niños, cuarenta en total, todos muy cargados. También había muchos perros que llevaban bolsas aseguradas a los lomos mediante correas. Los más grandes transportaban de diez a quince kilos.

En cuanto descubrieron a la madre y al cachorro, los atacaron. *Colmillo Blanco* cayó debajo de ellos, sintiendo que los dientes de sus atacantes se le hincaban en sus carnes, aunque mordiendo él también y desgarrando los vientres y las patas de sus enemigos. El alboroto fue tremendo. Oyó los aullidos de *Kiche*, los gritos de los hombres, el ruido de los garrotazos y los gemidos de dolor de los perros.

Colmillo Blanco entendió a su manera la equidad de aquellos animales llamados hombres y dedujo que eran ellos los autores y ejecutores de la ley. También observó que no mordían ni tenían garras. Los bastones y las piedras, dirigidos por ellos, volaban por el aire como si tuvieran vida, produciendo terribles heridas.

No quedaba ya ni un perro. Volvió la calma. *Colmillo Blanco* se lamió las heridas. Nunca había imaginado que existieran otros seres de su especie fuera del tuerto, su made y él. Se sentía poseído de un resentimiento inconsciente contra aquellos perros que a primera vista lo habían atacado. En igual forma le molestaba que su madre estuviese amarrada. Tenía amor por la libertad, por el derecho a correr o echarse a voluntad. Aquí se le negaba todo eso. Los movimientos de su madre limitados por la longitud del palo, que también lo ataba a él, pues todavía no había pasado la época en que podría separarse de ella.

No le agradaba. Menos aún cuando los hombres se levantaron y emprendieron la marcha. Uno de ellos agarró el palo y llevó a *Kiche*, seguida por *Colmillo Blanco*. Se encaminaron por el valle del río, hasta que alcanzaron la desembocadura del Mackenzie. Allí había canoas puestas a gran altura y artefactos para secar el pescado. *Colmillo Blanco* lo examinaba todo con ojos muy abiertos. La superioridad de aquellos animales llamados hombres aumentaba por momentos. Pero lo que más llamaba su atención era el dominio sobre las cosas inanimadas, su capacidad para ponerlas en movimiento y transformarlas.

Era esto último lo que más lo afectaba. Enseguida notó que unos palos altos eran cubiertos con paños y pieles para convertirlos en carpas. *Colmillo Blanco* se asombró de su enorme tamaño. Se encontraban por todas partes. Les tenía miedo.

Pero pronto desapareció su miedo. Vio que las mujeres y los niños entraban y salían tranquilamente. Luego, *Colmillo Blanco* se separó de *Kiche* y se arrastró cautelosamente hasta la más cercana. Finalmente, su nariz tocó el tejido. Olió aquella extraña tela saturada de olor a hombre. Afirmó sus dientes en ella y tironeó. Solo se movió ligeramente. Tiró con mayor energía y frecuencia hasta que toda la estructura empezó a moverse. Entonces los agudos gritos de una mujer lo hicieron echar a correr hasta refugiarse al lado de *Kiche*.

Después volvió a separarse de su madre. Un cachorro, aunque algo más grande llamado *Bocas*, se le acercó lentamente, en forma poco amistosa.

Colmillo Blanco pensó recibirlo amigablemente. Pero el extraño empezó a mostrar sus colmillos y el lobato hizo lo mismo. Dieron vueltas el uno alrededor del otro como si buscaran sus puntos débiles, mostrando los dientes y erizando el pelo. Esta exhibición empezó a gustarle a *Colmillo Blanco*. Pero, de repente, con gran rapidez, *Bocas* atacó mordiéndolo y alejándose otra vez. Lo mordió en la misma paletilla en la que lo había herido la linca. La sorpresa y el dolor lo hicieron aullar, pero luego, en un ataque de rabia se lanzó sobre *Bocas*, mordiéndolo con toda mala intención. Pero su enemigo era experto en cachorros y sus dientes se clavaron media docena de veces en *Colmillo Blanco*, el que huyó buscando la protección de su madre. Esta fue la primera de muchas peleas que mantuvo con *Bocas*, por ser enteramente opuestas sus naturalezas desde el día en que nacieron.

Más tarde *Colmillo Blanco* se aventuró nuevamente a escapar; pronto se encontró con Nutria Gris, que, en cuclillas, hacía algo con unos bastones y musgo seco esparcido por el suelo: entonces se aproximó hasta tocar la rodilla del indio. De pronto vio que entre los palos y el musgo se elevaba una cosa como la niebla. Luego en el mismo lugar, apareció algo viviente, que se retorció y daba vueltas, de un color parecido al del sol. *Colmillo Blanco* no conocía el fuego. Se arrastró hasta la llama y extendió la lengua para lamerla.

Quedó paralizado. Lo desconocido le había agarrado el hocico y no lo soltaba. Se echó hacia atrás, con quejidos de asombro. Nutria Gris se reía ruidosamente, golpeándose las piernas, y contó a todos los del campamento lo que había sucedido. Todos le hicieron coro. *Colmillo Blanco* se sentó y aulló lastimeramente.

Cada aullido era un coro de carcajadas de los hombres. Trató de calmar el dolor de su nariz, pasándose la lengua, pero como también estaba herida, le causó un malestar mayor.

Conocía el significado de la risa y se avergonzó de que los hombres se rieran. Dio media vuelta y se alejó, corrió hacia *Kiche*, que tiraba del palo como si se hubiera vuelto loca. *Kiche* era la única criatura que no se reía de él.

Llegó la noche sin que *Colmillo Blanco* se apartara del lado de su madre. Todavía le dolían la nariz y la lengua.

Observaba las entradas y salidas de los animales llamados hombres. Ciertamente, eran criaturas superiores, verdaderos dioses, que dominaban lo vivo y lo no vivo, y que creaban el fuego, que tenía el color del sol y mordía.

2

LA ESCLAVITUD

Colmillo Blanco, cuanto más conocía a los hombres, más evidente le resultaba su superioridad, más intensa la luz de su divinidad. Allí estaba, de pie sobre sus dos patas traseras, con un palo en la mano, apasionado, rabioso, capaz de amar, misterioso, estructura de carne que sangra cuando se la muerde y que es tan buena para comerla como cualquier otra.

Puesto que *Kiche*, su madre, había obedecido en cuanto oyó que la llamaban por su nombre, él estaba dispuesto a hacer lo mismo. Cuando caminaba le cedía el paso. Cuando lo llamaban, acudía. Cuando lo amenazaban, se echaba al suelo. Cuando lo despedían, corría.

Pertenecía a ellos, como todos los demás perros. Tal fue la lección que pronto le metieron en la cabeza. Aunque le resultó difícil aprenderla, dada su naturaleza.

Colmillo Blanco descubrió que los hombres eran más justos, los niños más crueles y las mujeres más bondadosas. Después

de un par de aventuras con las madres de algunos cachorros, comprendió que lo mejor era evitarlas y mantenerse tan lejos de ellas como fuera posible.

Pero *Bocas*, como era más grande y de más edad, eligió a *Colmillo Blanco* como objeto de sus persecuciones.

Nunca jugó con los otros, pues *Bocas* jamás lo hubiera permitido. En cuanto *Colmillo Blanco* se acercaba a ellos, lo asaltaba *Bocas*, obligándolo a pelear hasta que tenía que retirarse.

Todo esto condujo a que *Colmillo Blanco* no conociera los entretenimientos propios de su edad y se recogiera en sí mismo y desarrollara su inteligencia. Adquirió una verdadera astucia, pues no tenía tiempo libre para dedicarse a jugarretas, y se convirtió en un pícaro ladrón. Tenía que alimentarse por su cuenta y se alimentaba bien, aunque se transformó en una verdadera calamidad para las mujeres.

En esos primeros días de la persecución, hizo su primera gran jugada. El lobato atrajo a *Bocas* hacia su madre. Como si huyera de éste, *Colmillo Blanco* corrió dando vueltas alrededor de todos los toldos del campamento. Entusiasmado por la persecución, *Bocas* dejó de lado toda precaución y olvidó dónde se encontraba. Cuando lo recordó ya era demasiado tarde, y chocó con *Kiche*.

Lanzó un gemido de miedo antes que las mandíbulas se cerraran sobre él. De un zarpazo lo arrojó patas arriba, para que no pudiera correr, y le hincó los dientes.

Finalmente, cuando *Bocas* pudo ponerse fuera de su alcance tenía el vientre abierto y el pelo erizado en mechones. Se puso en pie y lanzó un lastimero aullido capaz de partir el corazón. Pero no pudo terminarlo, pues *Colmillo Blanco* se le echó encima, clavándole los dientes en las patas traseras. Como ya no le quedaban ganas de pelear, fue a refugiarse en el toldo de su dueño.

Llegó un día en que Nutria Gris pensó que había pasado ya el peligro de que *Kiche* se escapara, por lo que la dejó en libertad.



Esa misma tarde, madre e hijo pasearon hasta llegar al comienzo del bosque. *Colmillo Blanco* trató entonces de inducirlo a ir más lejos. Oía el llamado del río, de la cueva y de la selva, y no podía resistir su atracción. Pero *Kiche* oía también la otra, más potente, del fuego y del hombre, la llamada que el lobo y el perro salvaje, que son hermanos, han sido los únicos en responder.

Kiche regresó lentamente al campamento. La atracción que el hombre ejercía sobre ella era más fuerte que el palo con el que la amarraban. *Colmillo Blanco* se echó a la sombra de un árbol y se lamentó. Para él, que era un cachorro, más intenso que las voces de los hombres era el llamado de la sangre. Hasta entonces había dependido de ella. Ya llegaría la hora de la liberación.

La convivencia de madre e hijo es corta en los animales. Así le sucedió a *Colmillo Blanco*. Nutria Gris tenía una deuda pendiente con Tres Aguilas, que emprendía un viaje por el Mackenzie hasta el Gran Lago de los Esclavos. Un pedazo de tela roja, una piel de oso, veinte cartuchos y *Kiche* constituyeron el pago de la deuda. *Colmillo Blanco* vio cómo metían a su madre en la canoa de Tres Aguilas e intentó seguirla. El indio lo arrojó a tierra de un golpe. Cuando la canoa se separó de la orilla, el cachorro se tiró al agua.

Lleno de ira, Nutria Gris saltó a su canoa. Cuando lo alcanzó, metió la mano en el agua, atrapándolo como a un conejo. Mientras lo sostenía en alto con una mano, con la otra procedió a castigarlo duramente. *Colmillo Blanco* oscilaba de un lado para otro como un péndulo. Al principio se sorprendió. Luego se asustó. Pero enseguida se enfureció, mostrando los dientes y gruñendo en la misma cara de aquel dios iracundo, lo que hizo que los golpes se multiplicaran.

Finalmente Nutria Gris dejó de castigarlo, arrojándolo brutalmente al fondo de la canoa. El indio agarró el remo, pero como *Colmillo Blanco* lo molestaba con sus movimientos, lo apartó

salvajemente de una patada. En aquel momento, su instinto afloró una vez más hundiendo sus dientes en el pie de su amo.

La paliza que había recibido no fue nada comparada con la que Nutria Gris le propinó entonces. No solo utilizó sus manos, sino también el remo. El cuerpo del cachorro estaba lleno de golpes cuando fue a parar nuevamente al fondo de la canoa. Había aprendido otra lección de su esclavitud. Nunca debería atreverse a morder al dios, que era su amo y señor.

Cuando la canoa llegó a tierra, un golpe en las costillas lo hizo volar por los aires. *Bocas*, que desde la orilla había observado lo que sucedía, lo atacó inmediatamente, derribándolo y clavándole los dientes. Le hubiera ido peor si no hubiera intervenido el pie de Nutria Gris, que arrojó a *Bocas* a tres o cuatro metros de distancia. Así era la justicia de los hombres y *Colmillo Blanco* no pudo menos de sentir agradecimiento.

Esa misma noche, cuando todo estuvo en silencio, *Colmillo Blanco* se acordó de su madre y se lamentó aullando, lo que despertó a Nutria Gris, quien volvió a pegarle. Tras esto aprendió a lamentarse en voz baja cuando los dioses estaban cerca. Pero a veces escapaba hasta el lindero del bosque, donde daba rienda suelta a su pena, aullando intensamente.

Aprendió a arreglárselas con Nutria Gris; a veces éste le arrojaba un pedazo de carne y lo defendía de los otros que querían arrebatárselo. Ese trozo de carne, por alguna extraña razón, valía mucho más que una docena de pedazos que le hubiera regalado cualquier indio.

Sin sentirlo, empezaba a encariñarse con la vida del campamento. Solo lamentaba la desaparición de su madre, esperando que volviera, así como sentía un deseo irreprímible por la vida de que antes había gozado.

3

EL VAGABUNDO

Como *Bocas* seguía siendo su verdugo, *Colmillo Blanco* se hizo todavía más malo y feroz. Su salvajismo llegó a un grado tal que excedió su propia herencia. Siempre que se producía algún escándalo en el campamento, *Colmillo Blanco* era el autor. Las indias enfurecidas le decían que era un lobo, que no servía para nada y que iba a tener un mal fin. El no las perdía de vista, pronto a esquivar cualquier objeto que le arrojaran.

Todos los perros jóvenes seguían a *Bocas* y sentían instintivamente la enemistad que el perro doméstico experimentaba por el lobo. Cada uno de ellos había sentido, alguna vez, el poder de sus colmillos.

De este odio del grupo aprendió dos cosas: cómo defenderse de un ataque múltiple y cómo hacer el mayor daño en el menor tiempo. Aprendió que defendía su vida manteniéndose en pie en una pelea.

Nunca cedían sus piernas y siempre caía de pie sobre la tierra. Atacaba, mordía y desgarraba en el mismo instante, sin previo aviso, antes que su contendor estuviera listo para recibirlo. Además, resulta fácil derribar a un animal al que se le toma de sorpresa, circunstancia en la que expone necesariamente la parte blanda del cuello, el punto vulnerable de la vida, lo que *Colmillo Blanco* conocía muy bien.

Cierto día, al encontrarse a uno de sus enemigos en el límite del bosque, mediante ataques repetidos consiguió cortarle la yugular. Esa noche se armó un alboroto en el campamento. Las mujeres recordaron los casos de robo de carne que se le conocían y muchas voces furiosas exigieron a Nutria Gris que castigara al

culpable. Pero el indio se mantuvo en la puerta de su carpa, dentro de la cual había encerrado al lobezno, negándose al castigo. Todos odiaban a *Colmillo Blanco*. Siempre estaba alerta para atacar como un rayo o echarse atrás, roncando amenazadoramente.

En cuanto a esto último, podía hacerlo de manera más terrible que cualquiera otro perro del campamento. Ponía en su tono todo lo que es terror y perversidad. Agitada la nariz por violentos espasmos, erizado el pelo por ondas paralelas, sacando repetidamente la lengua como si fuera una serpiente, gachas las orejas, con los ojos llameantes, levantados los labios para dejar al descubierto los colmillos, podía paralizar a la mayor parte de sus atacantes. Con excepción de *Bocas*, todos los demás perros se apretujaban para protegerse contra el terrible enemigo que se habían creado.

Pero así como *Colmillo Blanco* los atacaba cuando estaban solos, ellos hacían lo propio cuando se encontraban juntos. Bastaba que lo vieran para correr tras él. Pero había aprendido a darse vuelta velozmente y a atacar al perro que se encontraba más próximo y destrozarlo antes de que pudieran llegar los otros. Esto ocurría con mucha frecuencia, pues los perros eran muy propensos a olvidar las precauciones más elementales, cosa que no le ocurría jamás a *Colmillo Blanco*.

Perseguido por todos, su desarrollo fue rápido. La ley que había aprendido era muy simple: obedecer a los fuertes y oprimir a los débiles. Nutria Gris era fuerte y divino, por lo que *Colmillo Blanco* le obedecía. Pero al perro más joven o más pequeño que él, y por lo tanto más débil, había que aniquilarlo.

Para poder hacer frente al constante peligro, sus movimientos adquirieron una rapidez mayor que la de los otros perros: se hizo más fuerte, su ataque era ya mortal, tenía los músculos más flexibles, acompañados de nervios de acero, mientras que en lo moral cada día era más cruel, más feroz y más inteligente.

4

EL CAMINO DE LOS DIOSES

Al finalizar el año en invierno, cuando los días empezaban a acortarse, *Colmillo Blanco* encontró la ocasión de recuperar su libertad. Cuando vio cómo se desmontaban las tolderías y se cargaban las canoas, lo comprendió. Algunas de las embarcaciones ya habían partido para dedicarse a la caza.

Resolvió quedarse. El hielo hizo desaparecer sus huellas. Internándose en la selva, *Colmillo Blanco* esperó, dedicando algunas horas al sueño. Lo despertó la voz de Nutria Gris que lo llamaba por su nombre. Además, podía oír la de su mujer y la de Mit-sah, su hijo, que le ayudaban a buscarlo.

Pese al impulso de salir de su escondite, se resistió. Pronto cesaron los gritos, que se perdían en la lejanía, por lo que finalmente salió de la espesura para gozar la libertad entre los árboles.

Repentinamente se sintió solo. No había allí ninguna cabaña abrigada donde refugiarse. Hacía frío. Las patas se le helaban, por lo que las mantuvo en movimiento.

El terror le hizo dar un salto. Era la sombra de un árbol iluminado por la luna, que las nubes habían mantenido oculta. Recobró la tranquilidad y aulló suavemente, pero dejó de hacerlo para no atraer sobre sí la atención de los peligros que lo amenazaban.

Cesó en su carrera, arrastrándose por todo el campamento abandonado, husmeando los montones de basura y los sectores que quedaban.

Llegó hasta el lugar donde había estado la carpa de su amo, sentándose allí en el mismo centro. Con un aullido expresó su

soledad y su miedo, su amor por *Kiche* y todo lo que temía que le trajera el futuro en sufrimientos y peligros.

La aurora disipó sus temores, pero aumentó su sentimiento de soledad. No necesitó mucho tiempo para decidirse. Siguió la orilla del río durante todo el día sin descansar.

Corrió toda la noche, tropezando en la oscuridad, que retrasaba su viaje pero que no podía detenerlo. Hacia la tarde del segundo día había corrido ya cuarenta horas. Su musculatura de acero empezaba a ceder. Solo su cerebro mantenía su resistencia. Tenía el pelaje cubierto de barro y sus patas heridas y sangrantes.

Nutria Gris pretendía acampar aquella noche en la lejana ribera del Mackenzie.

Antes de anoecer, Klu-Kuch, su mujer, descubrió un reno en las márgenes del río. Si Nutria Gris no lo hubiera matado de un certero disparo, todos los hechos posteriores hubieran sido distintos y *Colmillo Blanco* hubiera seguido de largo, para morir o para encontrar a sus hermanos salvajes, convirtiéndose en uno de ellos: un lobo más hasta el fin de sus días.

Cayó la noche. *Colmillo Blanco*, reprimiendo sus aullidos y cojeando, descubrió unas huellas frescas, reconociéndolas de inmediato. Se internó en el bosque, llegaban hasta sus oídos los ruidos del campamento indio. Distinguió el fuego, en el cual Klu-Kuch cocinaba algo, y a Nutria Gris, sentado en cuclillas devorando un pedazo de carne grasienta y cruda.

Colmillo Blanco esperaba una buena paliza, pero igualmente se acercó al fuego. En cuanto lo vio, Nutria Gris dejó de masticar. Siguió arrastrándose lentamente, sumiso y humillado, hasta hallarse a los pies de su amo, a cuya posesión se entregó voluntariamente. Temblaba, esperando el castigo que debería caer sobre él. Miró tímidamente hacia arriba. Nutria Gris cortaba el pedazo de carne en dos y se lo daba.

Con gran precaución y sospechando alguna trampa, *Colmillo Blanco* lo olfateó y después empezó a devorarlo. Nutria Gris ordenó

que le trajeran más carne y lo protegió de los otros perros mientras comía. Después, satisfecho, se tendió a los pies de su amo, mirando el fuego que lo calentaba, mientras los ojos se le cerraban de sueño, seguro de que al día siguiente estaría recorriendo el campamento de los animales llamados hombres, a los cuales se había entregado y de quienes dependería de ahora en adelante.

5

EL CONTRATO

Finalizaba diciembre cuando Nutria Gris emprendió un viaje por el congelado Mackenzie. Lo acompañaban su mujer y su hijo. El mismo dirigía uno de los trineos, mientras Mit-sah estaba a cargo del otro, mucho más pequeño, arrastrado por cachorros y con casi cien kilos de carga.

Siete eran los cachorros, cada uno atado al trineo por una correa. Todas ellas eran de diferente longitud, de modo que los perros formaban una especie de abanico, por lo que ninguno pisaba las huellas del otro.

Esta formación en abanico tenía además otra ventaja. Las correas de diferente longitud impedían que los perros se pelearan con los que marcharan delante. El perro que iba a retaguardia nunca podía alcanzar al que estaba delante. Cuanto más corría, más velozmente escapaba el delantero y más rápido se deslizaba el trineo.

Como Mit-sah ya había observado que *Bocas* perseguía a *Colmillo Blanco*, resolvió vengarlo. Para ello colocó a *Bocas* en el extremo de la correa más larga, lo que lo convirtió en el jefe de la trailla.

Como corría en primer lugar, los otros solo veían de él la cola peluda y las patas traseras, que eran mucho menos feroces que

sus brillantes colmillos. Por otra parte, al verlo correr, estaba en la naturaleza de los perros sentir ganas de perseguirlo creyendo que huía de ellos.

En cuanto el trineo se puso en marcha echaron a correr detrás de *Bocas*, lo que solo terminó con la llegada de la noche. Al principio *Bocas*, rabioso, pretendió dar vuelta y enfrentar a sus perseguidores, pero Mit-sah hizo restallar su largo látigo de casi diez metros sobre su hocico, obligándolo a dar vuelta y correr. *Bocas* podía hacer frente a toda la jauría junta, pero no al látigo. Toda la energía que le quedaba la empleaba en mantener tensa la correa y los flancos distantes de los colmillos de sus perseguidores.

Colmillo Blanco nunca había aprendido a jugar con los otros perros, solo sabía luchar y eso era lo que hacía, devolviéndoles los mordiscos que le habían propinado cuando *Bocas* era el matón de los cachorros. Pero ya no lo era.

Ahora se mantenía cerca de Nutria Gris, de su mujer, o de su hijo. No se atrevía a separarse de los dioses, pues ahora estaban en su contra los colmillos de todos los perros.

Por eso *Colmillo Blanco* pudo haberse constituido en el jefe de la manada, pero prefería estar solo. Sus relaciones con los otros animales se limitaban a morderlos de cuando en cuando. Estos se apartaban de su camino en cuanto aparecía. Ni el más audaz se atrevía a disputarle su pedazo de carne. Por el contrario, devoraban la propia rápidamente por miedo de que *Colmillo Blanco* se la arrebatara.

A veces alguno de los perros se rebelaba, pero se rendía rápidamente. *Colmillo Blanco* era demasiado veloz para los otros. Los mordía haciéndolos sangrar antes que supieran qué había pasado. *Colmillo Blanco* nunca les permitía nada, oprimía al débil, pero respetaba al fuerte.

Pasaron los meses y continuaba el viaje de Nutria Gris. Los largos días de trabajo desarrollaron el cuerpo de *Colmillo Blanco*. También parecía que había llegado a la mayoría de edad. Tal cual

él lo veía, el mundo era terrible y brutal. A Nutria Gris ya no le profesaba cariño alguno, solo aceptaba su predominio, que se basaba en una inteligencia superior y en el empleo de la fuerza. Administraba justicia, castigando una falta con el dolor de un golpe y premiaba los méritos dejando de pegar.

Estas experiencias también lo hicieron desconfiar de todos los niños. No podía tolerarlos. En uno de los campamentos sobre la ribera del Gran Lago de los Esclavos, *Colmillo Blanco* se dedicó a buscar comida. Un muchacho cortaba con un hacha un pedazo de carne congelada de reno. Los trozos volaban por la nieve y *Colmillo Blanco* empezó a comérselos. Observó que el muchacho dejaba el hacha y agarraba un palo. Saltó y se alejó para evitar un golpe que caería sobre él. El muchacho lo persiguió y como él desconocía el terreno, se metió entre dos cabañas cuya salida estaba cerrada por un alto cerco.

El muchacho le cerró la única salida. *Colmillo Blanco* nunca supo exactamente lo que ocurrió, ni tampoco lo comprendió el muchacho. Todo lo que sintió el joven indio fue que alguien lo tiró sobre la nieve y que los dientes del lobato se le hincaron en la mano con la que tenía agarrado el palo.

Pero *Colmillo Blanco* sabía que había quebrantado la ley, por lo que huyó a refugiarse entre las piernas de Nutria Gris, desde donde vio al muchacho y a su familia pidiendo venganza. Pero Nutria Gris, así como Klu-Kuch y Mit-sah defendieron a *Colmillo Blanco*, comprendiendo que su acción era justificada. Así aprendió que hay dioses justos e injustos.

Luego *Colmillo Blanco* salió con Mit-sah, que había ido al bosque a juntar leña. Allí estaba el muchacho que había mordido, junto con otros amigos. Se insultaron mutuamente, después de lo cual golpearon a Mit-sah, quien lo pasó mal. Al principio, *Colmillo Blanco* se limitó a observar, pues se trataba de un asunto de los dioses. Pero comprendió que uno de ellos maltrataba a Mit-sah. Poseído de una inmensa furia, se lanzó contra sus enemigos.

Todos los muchachos huyeron heridos. Cuando Mit-sah se lo contó a su padre, éste ordenó que se le diera mucha carne a *Colmillo Blanco*, como premio por su defensa.

Pasaron los meses, haciéndose mejor la relación que unía al lobo y al indio. El alimento y el fuego, la compañía y la protección eran algunas de las cosas que recibía de los dioses. En pago de ellas, custodiaba su hacienda, defendía su cuerpo y le obedecía.

6

EL HAMBRE

En abril *Colmillo Blanco* cumplía un año. Estaba atado al trineo, del cual lo desató Mit-sah, cuando entraron en el viejo campamento. Era, después de *Bocas*, el perro más grande de su edad. Era esbelto y alargado y su fuerza residía en sus tendones. Su pelo era verdaderamente gris, como el de los lobos. La porción de sangre de perro que había heredado de *Kiche* no se reflejaba de ninguna manera en lo físico, aunque formaba una gran parte de su mentalidad.

Atravesó todo el campamento, donde había bastantes perros: cachorros como él, que estaban en el período del crecimiento, y adultos que no parecían tan grandes ni tan formidables como se los pintaba su imaginación.

Allí estaba *Baseek*, el viejo perro gris, que anteriormente no tenía más que mostrar los dientes para que *Colmillo Blanco* se echara a tierra. De él había aprendido mucho. El mismo le enseñaría ahora la transformación. En tanto *Baseek* se debilitaba por la edad, *Colmillo Blanco* aumentaba en fuerzas.

Mientras cortaban la carne de un reno recién cazado y *Colmillo Blanco* obtenía su ración, *Baseek* lo atacó.

Colmillo Blanco saltó sobre su atacante, le desgarró la piel en dos puntos y se echó hacia atrás, esperando. *Baseek* quedó sorprendido de su temeridad y de la rapidez de su ataque. Se quedó parado, mirando estúpidamente a *Colmillo Blanco*, separados por la carne por la que peleaban. Erizó ferozmente todo el pelaje y echó una mirada fúnebre al alimento. *Colmillo Blanco*, que empezaba a sentir el peso del miedo que le había tenido, pareció empequeñecerse y recogerse en sí mismo. En este punto *Baseek* cometió un error capital; no quiso esperar. Si se hubiera quedado parado delante de la carne, con la cabeza alta y atenta, su joven enemigo hubiera terminado por retirarse. Pero el olor de la carne fresca ascendía hasta sus narices y la gula lo llevó a probarla.

Colmillo Blanco atacó sin previo aviso. Del primer mordisco, la oreja derecha de *Baseek* quedó reducida a tiras. Espantado por la astucia del ataque, perdió el equilibrio, mientras *Colmillo Blanco* le mordía en el cuello. Cuando intentaba levantarse, el lobo volvió a clavarle dos veces los dientes en la paletilla. Su agilidad era impresionante. Intentó un ataque inútil contra *Colmillo Blanco*, mordiendo el aire con sus mandíbulas rabiosas.

Se habían cambiado los papeles. *Colmillo Blanco* se encontraba del lado del hueso, amenazador, mientras *Baseek* intentaba emprender la retirada. Volvió las espaldas calmosamente al joven y al hueso, y se alejó lentamente, con orgullosa arrogancia. Solo cuando estuvo fuera de la vista de su contrincante se detuvo a lamerse las heridas.

Al promediar el verano, *Colmillo Blanco* tuvo una experiencia singular. Cuando se dirigía a husmear un nuevo toldo que habían levantado recientemente, se encontró con *Kiche*. Se detuvo y la miró. Se acordaba vagamente de ella. *Kiche* levantó el labio superior, mostrándole los dientes; la vieja mueca de ella, que hizo que el recuerdo de *Colmillo Blanco* se hiciera más nítido. Se acercó alegremente, pero ésta lo recibió con los

colmillos descubiertos. El no podía entenderlo, por lo que retrocedió asombrado.

Pero no podía culparla. Una loba no recuerda a sus lobatos del año anterior; *Colmillo Blanco* era ahora para ella un intruso. Tenía una nueva camada, por lo cual se molestó por los avances del lobato.

Uno de los cachorros se arrastró hasta *Colmillo Blanco*, sin saber que eran medio hermanos. Este lo olfateó con curiosidad, ante lo cual *Kiche* se echó encima, hiriéndole en el hocico. Retrocedió aún más. Ella lo atacó otra vez, decidida a alejarlo definitivamente del lugar y *Colmillo Blanco* se alejó. *Kiche* era hembra y según las leyes de su raza no se puede luchar contra ellas.

Pasaron los meses. *Colmillo Blanco* crecía y aumentaba de peso y fuerzas, mientras su carácter se desarrollaba. Cada día era más feroz, más insociable, más solitario. Los perros aprendían que era mejor estar en paz con él y Nutria Gris lo apreciaba cada vez más.

En el tercer año de su vida, los indios pasaron por un período de hambre. En el verano faltó el pescado y en el invierno el reno. Las liebres eran escasas. Murieron de hambre los animales de presa. Como no tenían alimento, se atacaban brutalmente y los vencidos eran devorados. En las chozas, todo era lamentos, ya que las mujeres y los niños dejaban de comer para que lo poco que quedaba fuera a parar al estómago de los cazadores, muy escaúcidos, que recorrían inútilmente la selva en busca de carne.

El hambre los llevó a comerse el cuero sobado, muy suave, de sus mocasines y de sus mitones, mientras los perros se contentaban con sus arneses y hasta con los látigos. Algunos huyeron a la selva, donde murieron de hambre o fueron devorados por los lobos.

En esos tiempos de escasez, *Colmillo Blanco* también se refugió en el bosque. Podía adaptarse a aquella vida mejor que

los otros, especialmente para atacar las pequeñas cosas vivientes. Algunas veces su hambre era tanta, que con las patas hacía salir a los ratones de sus cuevas. También dio batalla a una comadreja, tan hambrienta como él y muchas veces más feroz.

Una vez saqueó una trampa del mismo Nutria Gris, en la que había caído una liebre.

Sin embargo, la fortuna parecía favorecerlo. En una ocasión que pudo alimentarse dos días con una lince, una manada de lobos cayó sobre él. Fue una caza larga y dura, pero como estaba mejor alimentado que ellos logró escapar de sus perseguidores y, dando un gran rodeo, pudo matar y devorar a uno de ellos.

Después de esa aventura, abandonó dicha región y se encaminó hacia aquella en que había nacido. Allí, en la antigua cueva, encontró otra vez a *Kiche* que se había refugiado a parir. De la camada solo quedaba uno con vida.

Como el saludo de *Kiche* no tenía nada de cariñoso, el lobato que ya era adulto, dio media vuelta y siguió tras la ribera del arroyo, aguas arriba.

Al comienzo del verano, en los últimos días del período de hambre, encontró a *Bocas*, que también había huido al bosque, donde lo pasó muy mal. Corrían en dirección opuesta, a lo largo de una muralla natural de piedra, cuando se encontraron frente a frente. Se detuvieron un instante, examinándose desconfiadamente.

Colmillo Blanco, que se encontraba en un espléndido estado físico pues había tenido suerte en la caza, cuando vio a *Bocas* se le erizó todo el pelaje. Este lo hizo también. *Colmillo Blanco* no perdió tiempo. Su antiguo enemigo intentó retroceder, pero *Colmillo Blanco* lo atacó sin misericordia, lanzándolo al suelo con las patas al aire, lo que el lobo aprovechó para hincarle los dientes en el cuello y matarlo.

Un día, poco después, se aproximó al extremo de la selva, donde una estrecha faja de tierra descende hasta el Mackenzie.

Ya había estado allí otras veces, pero ahora se encontraba un campamento. Era su campamento, aunque instalado en otro lugar. Hasta sus oídos llegaban voces de alegría. Inundaba el aire un olor a pescado. Había alimento. Había terminado el hambre. Audazmente salió de entre los árboles y se encaminó directamente a la choza de Nutria Gris. El indio no estaba, pero Klu-Kuch lo saludó con alegres gritos y le dio pescado. Allí se echó a esperar a que regresara su amo.

CUARTA PARTE

1

EL ENEMIGO DE SU RAZA

Si hubiera existido alguna posibilidad de que *Colmillo Blanco* llegara a tener amigos entre los de su especie, ella se perdió cuando lo convirtieron en jefe de los perros del trineo. Porque ahora todos lo odiaban por la ración extraordinaria que le daba Mit-sah.

Era cierto que su puesto no tenía nada de agradable para él. Estaba obligado a correr delante de los perros ladrones, a los que él había dominado durante tres años. Pero debía aguantarlo o morir, y la vida que alentaba en él no tenía ganas de desaparecer. En cuanto Mit-sah daba la orden de partir, todos los perros se lanzaban sobre *Colmillo Blanco* gritando ansiosa y salvajemente. No podía defenderse. Si se daba vuelta para atacarlos, Mit-sah lo castigaba. Solo podía huir. Así es que corría, a despecho de su propia naturaleza y orgullo.

Si alguna vez hubo un ser que odiara a su propia especie, ése era él. Continuamente lo aterrorizaban los dientes de la manada. Excitados por esa persecución que había durado todo el día, dominados inconscientemente por la insistente repetición de aquella imagen, en la cual *Colmillo Blanco* huía delante de ellos, los perros no podían ceder ahora.

En cuanto Mit-sah daba la orden de detenerse, *Colmillo Blanco* obedecía. Al principio esto producía dificultades entre los otros perros, que se echaban sobre el odiado jefe, para encontrar que las cosas habían variado. Detrás de él estaba Mit-sah con el

gran látigo que golpeaba. Así aprendieron los perros que cuando se detenía el trineo por alguna orden, no había que molestar a *Colmillo Blanco*. Pero cuando éste se detenía sin la debida orden, les estaba permitido arrojarle sobre él y destrozarlo, si podían. Después de varias experiencias aprendió a sobrellevar las severas condiciones en que se le permitía vivir.

Una cosa aprendieron los perros: a mantenerse unidos. *Colmillo Blanco* era demasiado terrible para que cualquiera de ellos le hiciera frente solo, por lo que luchaban contra él en formación cerrada. De lo contrario los hubiera matado a todos. Los perros tenían sus propias peleas, pero las olvidaban en cuanto se trataba de *Colmillo Blanco*.

Por mucho que lo intentaran, no podían matarlo. Era demasiado rápido, demasiado formidable, demasiado inteligente. Evitaba los espacios cerrados. En cuanto a derribarlo, ningún perro de la manada podía hacerlo.

Así se convirtió en el enemigo de su raza, de aquellos lobos domesticados que habían perdido su acometividad en contacto con el hombre y cuya sombra protectora los había debilitado. Hasta el mismo Nutria Gris, que no era menos cruel, no podía dejar de maravillarse de su ferocidad. Juraba que nunca había visto algo semejante.

Cuando *Colmillo Blanco* tenía casi cinco años de edad, Nutria Gris lo llevó consigo. Durante mucho tiempo se recordaron en el Mackenzie, en el Porcupine y en las chozas los desastres que *Colmillo Blanco* dejara a su paso.

Se convirtió en un experto en la lucha.

Poseía una coordinación nerviosa mental y muscular mejor que la de cualquier otro perro. Cuando sus ojos transmitían a su cerebro una imagen en movimiento, su sistema nervioso, sin esfuerzo de ninguna clase, calculaba el espacio en que debía tener lugar la acción y también el tiempo preciso para atacar.

En verano, *Colmillo Blanco* llegó al Fuerte Yukón. Nutria Gris había cruzado la región situada entre el río Mackenzie y el río Yukón a fines del invierno, dedicándose en la primavera a cazar entre los últimos faldeos de las Montañas Rocosas. Muchos buscadores de oro subían por el Yukón hasta la ciudad de Dawson y la región de Klondike. Aunque se encontraban todavía a centenares de kilómetros del punto a que se dirigían, algunos de ellos estaban en viaje desde hacía un año y el que menos había tenido que recorrer ocho mil kilómetros para llegar hasta allí, pues venían del otro extremo del mundo.

Aquí se detuvo Nutria Gris. Había oído rumores según los cuales se habían descubierto minas de oro. En sus más locos sueños nunca creyó que sus ganancias pasarían del ciento por ciento. En realidad, ganó el mil por ciento. Decidió quedarse todo el verano y parte del invierno para liquidar lo que tenía en venta.

En el Fuerte Yukón, *Colmillo Blanco* vio por primera vez hombres de raza blanca. Le parecían dioses. A Nutria Gris lo consideraba un dios infantil entre los blancos.

Los observaba curiosamente, temeroso de que notaran su presencia. Durante las primeras horas se limitó a deslizarse suavemente por todas partes y a vigilarlos desde una distancia prudente. Viendo que los perros que se les acercaban no sufrían ningún mal, se atrevió a aproximarse a ellos.

Inmediatamente fue objeto de gran curiosidad, y en cuanto se acercaron, retrocedió y les mostró los dientes.

Los dioses blancos eran extraordinarios, pero sus perros no valían nada. Ninguno de ellos sabía luchar. Eran incapaces para la lucha, hacían ruido y daban vueltas. Se echaban sobre él ladrando. *Colmillo Blanco* los atacaba haciéndolos caer al suelo y mordiéndolos en el cuello.

Bastaba que el mordisco fuera mortal, para que como un rayo, los perros de los indios se echaran encima del cadáver para devorarlo.

No costaba mucho trabajo iniciar la pelea. Cuando los perros extraños bajaban a tierra, todo lo que tenía que hacer era dejarse ver, pues en cuanto lo observaban se echaban sobre él. Era su instinto, pues él representaba la selva, lo desconocido, lo terrible, la eterna amenaza.

Podían ser perros que habían vivido hasta entonces en ciudades, sin que por eso no tuvieran un miedo instintivo por la selva, pues lo veían con sus propios ojos y notaban sus características salvajes. Todo esto servía para hacer agradables los días de *Colmillo Blanco*. Si aquellos perros extraños se le echaban encima, tanto mejor para él y peor para ellos. Si lo consideraban presa legítima, él podía hacer lo mismo.

2

EL DIOS LOCO

Los habitantes del fuerte no querían a los recién llegados, y se alegraban en cuanto les ocurría un percance. Los divertían especialmente los problemas que producían *Colmillo Blanco* y sus compañeros. En cuanto llegaba un vapor, los habitantes acudían al desembarcadero para observar el divertido espectáculo.

Pero había entre ellos un hombre al que esto divertía particularmente. Corría al oír el primer silbido de la sirena del vapor. En cuanto terminaba la pelea y *Colmillo Blanco* y sus compañeros se escondían en el fuerte, volvía a él con expresión de pesadumbre. Algunas veces, cuando algún fino perro que venía del sur caía entre los dientes de la manada, aquel hombre saltaba y gritaba de júbilo. Su mirada aguda y ansiosa se fijaba siempre en *Colmillo Blanco*.

Nadie conocía su nombre de pila. Le llamaban Smith el Bonito, irónicamente pues era eminentemente feo. Para empezar, tenía un cuerpo delgaducho, una cabeza diminuta, que terminaba en punta, como una pera, y una frente notablemente ancha. Entre sus grandes ojos había distancia suficiente para otro par y su mandíbula era enorme.

En toda la región se sabía que Smith el Bonito era el más débil y llorón de todos los cobardes. Tenía los dientes largos y amarillentos y el pelo escaso, del mismo color nieve sucia de sus ojos. En una palabra, Smith el Bonito era una monstruosidad.

Preparaba la comida para los otros hombres del fuerte, lavaba la ropa y realizaba todo el trabajo de limpieza. No lo despreciaban, sino que más bien lo toleraban. Su cobardía les hacía suponer que un día los traicionaría o les pondría veneno en el café. Pero alguien tenía que encargarse de hacer la comida y lavar la ropa.

Este era el hombre que deseaba ser dueño de *Colmillo Blanco*. Comenzó tratando de agradarlo, pero el lobo fingió no comprender. No le gustaba aquel hombre. *Colmillo Blanco* percibía toda la perversidad que había en él y por ello lo odiaba. Sentía que Smith el Bonito era malo, husmeaba la maldad que emanaba de aquel cuerpo deforme.

Se encontraba *Colmillo Blanco* en el toldo de Nutria Gris cuando Smith el Bonito se presentó allí por primera vez. Al oír el leve ruido de sus pisadas, comprendió quién llegaba y erizó el pelo. Se levantó rápido, y en cuanto el hombre se acercó, se retiró furtivamente, como un verdadero lobo. No comprendió lo que hablaban entre ellos, pero vio que conversaban. Cuando el hombre lo señaló con el dedo, se engrifó entero, como si la mano fuera a caer sobre él. El hombre se rió y, al oírle, *Colmillo Blanco* se alejó hacia el bosque.

Nutria Gris se negó a vender al perro. Se había hecho rico con sus negocios y no necesitaba nada. Además, *Colmillo Blanco* era

una animal valioso, el perro más fuerte para los trineos. No había otro como él en toda la región del Mackenzie y del Yukón. Podía luchar y matar a los otros perros con la misma facilidad con que un hombre extermina mosquitos. Los ojos de Smith relucieron al oírlo, y se pasó la ansiosa lengua por los labios resecos. Pero *Colmillo Blanco* no estaba en venta a ningún precio.

Smith visitó con frecuencia el campamento de Nutria Gris, llevándole siempre oculta una botella de whisky. Nutria Gris comenzó a beber y finalmente perdió la paciencia, el dinero y los bienes. Smith el Bonito habló nuevamente de la venta de *Colmillo Blanco*, ofreciendo pagar el precio en botellas, no en dólares, ante lo cual los oídos de Nutria Gris se dispusieron a escuchar.

—Está bien, agarra el perro y llévatelo —fue su decisión definitiva.

Pasaron a su poder las botellas, pero, al cabo de dos días, Smith el Bonito insistió en que Nutria Gris le llevara al perro.

Colmillo Blanco sabía que lo amenazaba algún mal, por lo que dejó de acercarse a la choza. Pero un día, viendo que el dios blanco no estaba allí, se tiró cómodamente en el suelo, satisfecho. Apenas acababa de echarse, cuando Nutria Gris se acercó furtivamente y le puso una correa al cuello. Se sentó al lado de *Colmillo Blanco*, manteniendo con una mano la correa y con la otra una botella que empinaba de vez en cuando.

Colmillo Blanco sintió el ruido de pasos que precedían la llegada de una persona. Trató de arrancar la correa de manos de su amo, sin conseguirlo. Nutria Gris se levantó.

Smith el Bonito se detuvo delante de *Colmillo Blanco*, que gruñó y mostró los dientes, mientras observaba atentamente el movimiento de las manos, una de las cuales empezó a bajar hasta él. Su gruñido adquirió una intensidad y una dureza mayor. La mano siguió bajando lentamente, adquiriendo su ronquido un tono más profundo. De repente lanzó un mordisco rápido como un rayo. La mano retrocedió, por lo que sus mandíbulas se cerraron en el aire. Nutria Gris lo golpeó en la cabeza.

Los ojos de *Colmillo Blanco* seguían recelosos todos los movimientos de ambos hombres. Vio alejarse a Smith el Bonito y volver armado de un grueso palo. Nutria Gris le entregó el extremo de la correa y Smith echó a andar hasta que la correa se puso tirante, pues *Colmillo Blanco* se negaba a seguirlo. Nutria Gris lo golpeó para que se levantara y lo siguiera. Obedeció, lanzándose sobre el intruso que intentaba arrastrarlo. Smith el Bonito no retrocedió, pues esperaba el ataque. Manejó bien el palo, cortándole el salto a mitad del camino y arrojando a *Colmillo Blanco* al suelo.

Nutria Gris se rió ruidosamente. Smith el Bonito tiró de la cuerda y *Colmillo Blanco*, cojeando y atontado por el golpe, lo siguió. No se le ocurrió atacar por segunda vez. Era demasiado inteligente para luchar contra lo inevitable.

Cuando llegaron al fuerte, Smith lo ató cuidadosamente y se fue a dormir. *Colmillo Blanco* esperó una hora, después de lo cual se dedicó a morder la correa, bastándole diez segundos para ser libre otra vez. Enseguida se encaminó hacia la choza de Nutria Gris. Este nuevamente lo ató con una correa y a la mañana siguiente lo entregó a Smith el Bonito. Atado de manera que no podía defenderse, *Colmillo Blanco* no tuvo más que soportar una tremenda paliza. Lo castigaron con palo y látigo, el peor castigo de toda su vida.

Smith el Bonito, a la manera de todos los cobardes, se complacía en aquella tarea y se desquitaba con los que eran más débiles.

Después de la paliza, lo arrastraron de nuevo al fuerte. Pero esta vez Smith el Bonito lo ató con un palo.

Cuando los habitantes del fuerte dormían, *Colmillo Blanco* dedicó su atención al palo que lo sujetaba. Aquella madera era dura y seca y estaba atada tan estrechamente al cuello que solo con dificultad podía hincar sus dientes en ella, y dando vueltas al cuello pudo ponerla entre los dientes.

Una vez más permitió que Nutria Gris le atara una correa al cuello. Esta vez recibió de Smith el Bonito una azotaina mucho peor.

Nutria Gris observaba estúpidamente, mientras el blanco manejaba el látigo. No lo protegió porque ya no era su perro. Cuando terminó el castigo, *Colmillo Blanco* estaba enfermo. Cualquier otro perro hubiera muerto. Pero él tenía mayor vitalidad y se aferraba a la vida con mayor energía. Medio ciego y vacilando sobre sus patas, lo siguió hasta el fuerte.

Esta vez lo ató con una cadena, que era un desafío a sus dientes. *Colmillo Blanco* intentó en vano arrancar del suelo el poste al cual estaba atado.

Después de algunos días, Nutria Gris, ya disipados los efectos del alcohol y completamente arruinado, se dirigió por el Porcupine, aguas arriba, hacia el Mackenzie, en el Yukón.

3

EL REINADO DEL ODIO

Colmillo Blanco se convirtió en una furia bajo la tutela del nuevo amo. Permanecía atado con una cadena fuera del fuerte, en una caseta. Smith el Bonito se reía de él hasta hacerlo perder la razón.

Un día, varios hombres se reunieron alrededor de la caseta. Armado de un palo, su amo entró y lo soltó: *Colmillo Blanco* dio vueltas, tratando de aproximarse a los hombres. Parecía terrible en su poderío. Tenía un metro y medio de largo y sesenta y cinco centímetros de alto. En cuanto al peso, sobrepasaba a cualquier otro lobo de su estatura, porque había heredado de su madre las proporciones más macizas de los perros. Todo en él era músculos, huesos, tendones, una máquina hecha para la pelea.

Cuando abrieron la puerta de la caseta, *Colmillo Blanco* se detuvo. Algo extraordinario habría de acontecer. Arrojaron dentro a un perro grande y volvieron a cerrar la puerta. Era un mastín, desconocido para él, pero ni el tamaño ni su aspecto feroz lo detuvieron. Saltó, mostrando los colmillos, en solo una fracción de segundo, lo suficiente para desgarrar el cuello del perro. Este sacudió la cabeza, gruñó roncamente y se echó sobre su enemigo, que estaba en todas partes, siempre atacándolo y abriendo profundas heridas.

Los hombres gritaron y aplaudieron, ya que desde el comienzo de la lucha, por ser demasiado lento y pesado, el mastín no tuvo ninguna probabilidad de ganar. Finalmente, Smith el Bonito, armado de un palo, arrinconó a *Colmillo Blanco* para volverlo a amarrar, mientras el dinero de las apuestas caía en sus manos.

Colmillo Blanco llegó a tal extremo, que esperaba ansiosamente que los hombres se reunieran alrededor de la caseta.

Prisionero, no tenía ninguna oportunidad de satisfacer su odio, sino cuando le echaban a otro perro para pelear. Un día lo hizo con tres perros, uno después de otro. Otro día le echaron dos canes simultáneamente, y, aunque logró matarlos, él mismo salió medio muerto de la pelea.

Hacia fines de aquel año Smith el Bonito tomó pasaje para Dawson, llevando consigo a *Colmillo Blanco*, a quien todos conocían con el apodo de *Lobo Peleador*. La jaula en la que se le mantuvo a bordo estaba siempre rodeada de curiosos, que le metían palos por entre los barrotes para hacerlo mostrar los colmillos. Si Smith el Bonito llevaba un demonio dentro de sí, *Colmillo Blanco* tenía el suyo. Bastaba que viera a su amo para que se sintiera poseído de una furia satánica. Cuando se le acercaba, con el palo en la mano para encerrarlo, gruñía y le mostraba los colmillos.

En Dawson, *Colmillo Blanco* continuó exponiéndose en público. Se le exhibía y la gente pagaba cincuenta centavos en

polvo de oro para verlo. No tenía descanso. Lo mantenían continuamente enfurecido. Pero lo peor de todo era el ambiente en que vivía. Era considerado como la más feroz de las bestias. Además de las exhibiciones, era un luchador experimentado, siempre que podía contratarse una pelea, se le llevaba al bosque, generalmente de noche, a fin de evitar dificultades con la policía. Cuando ya era de día, llegaban los espectadores y el perro contendor. Era una tierra sin ley, por lo que las peleas solo terminaban con la muerte.

Nunca conoció la derrota. Le sirvió de mucho el adiestramiento que recibió de *Bocas* y de los demás perros. Ningún perro podía hacerle perder el equilibrio. La técnica favorita de los perros consiste en correr hacia el enemigo, sea directamente o dando una vuelta inesperada, esperando chocar con el costado de su contrincante y derribarlo. Todos los perros del Labrador y del Mackenzie intentaron la misma treta con él y fracasaron. Nunca se le vio perder pie.

Además, era rápido como el rayo, atacaba al instante sin preparativos. El perro mostraba los dientes, gruñía, erizaba el pelo, por lo que *Colmillo Blanco* lo derribaba y mataba antes de que la pelea hubiera empezado. Tan frecuentemente ocurría esto, que se estableció la costumbre de sujetar a *Colmillo Blanco* hasta que el otro perro procedía a atacar.

Con el transcurso del tiempo, se volvía más difícil concertar peleas con él, por lo que Smith se vio obligado a recurrir a los lobos que los indios cazaban en sus trampas y que siempre atraían un gran público. Cierta vez lo pusieron frente a una lince hembra, adulta. Su rapidez y ferocidad era como la suya, con la ventaja de que luchaba con sus dientes y uñas, mientras que *Colmillo Blanco* solo atacaba con sus colmillos.

Afortunadamente, después de la dura pelea con la lince, cesaron las luchas para *Colmillo Blanco*.

Llegó a Dawson un tal Tomás Keenan, que trajo consigo un bulldog, el primero que llegó a Klondike. Era inevitable que se

concertara una pelea entre este perro y *Colmillo Blanco*. Una semana antes de la fecha señalada para el espectáculo, era el comentario obligado entre los aficionados a las peleas.

4

EL ABRAZO DE LA MUERTE

Cuando el feo Smith soltó la cadena del cuello de *Colmillo Blanco*, por primera vez éste no atacó de inmediato. Levantando las orejas, observó con curiosidad al extraño animal que se le enfrentaba. Keenan incitó a su perro, murmurando:

—¡Anda!

El animal se dirigió al centro del círculo sobre sus cortas patas, como si cojeara y, al parecer sin entusiasmo. Luego se detuvo.

—¡Mátalo, *Cherokee*, mátalo, cómetelo! —gritaron los espectadores.

Pero el bulldog volvió la cabeza y movió alegremente la cola. No tenía miedo. Simplemente no conocía aquella raza y esperaba que le trajeran un perro de verdad.

Keenan se inclinó sobre *Cherokee* y empezó a pasarle las manos a contrapelo sobre las paletillas con movimientos suaves. Su efecto debía ser irritante, porque *Cherokee* empezó a roncar levemente desde lo más profundo de su garganta. Existía una relación entre cada uno de aquellos movimientos y el gruñido del perro, ya que el rugido crecía en intensidad al avanzar la mano y cesaba para empezar de nuevo en cuanto se iniciaba una nueva caricia.

Esto influyó sobre *Colmillo Blanco*, porque empezó a engrifarse. Keenan empujó por última vez a su perro, volviendo a

su puesto. *Cherokee* siguió avanzando con un trotecillo corto de sus patas encorvadas. Entonces, *Colmillo Blanco* atacó. Se elevó un grito de admiración, pues había saltado y atacado más como un gato que como un perro, clavando los dientes y escapando a distancia segura.

El bulldog sangraba de una oreja, pero no demostraba sentir absolutamente nada, y se limitaba a seguir a *Colmillo Blanco*. La táctica de ambos, la constancia de uno y la rapidez del otro, excitaba el ánimo de los espectadores, por lo que se cruzaban nuevas apuestas.

Una y otra vez atacó *Colmillo Blanco*, desgarrando con sus colmillos y escapando. Pero siempre lo seguía sin prisa aquel extraño enemigo, pero tampoco lento, deliberadamente, como si se tratara de un asunto de negocios.

Jamás había visto *Colmillo Blanco* un perro de esa clase: no tenía pelo que lo protegiera; era blanco y sangraba fácilmente. Cada vez que lo mordía, sus dientes se hundían sin dificultad en la carne. Otra cosa que lo desconcertaba era que aceptaba en silencio el castigo, sin emitir más que un débil gruñido. Pero nunca dejaba de perseguirlo.

El bulldog también estaba extraño: nunca se había enfrentado con un perro al que no pudiera acercarse. Pero ahora tenía que vérselas con uno que se mantenía a distancia, que esquivaba y se escurría, y se lanzaba sobre él, lo hería y escapaba sin un rasguño. *Cherokee* ya tenía la cabeza y ambos lados del cuello desgarrados por amplias heridas. Sangraba abundantemente, no obstante, lejos de dar señales de estar vencido, continuaba en su persecución.

Colmillo Blanco seguía moviéndose, atacando y esquivando. El bulldog, poseído de una siniestra obsesión, lo perseguía. Entretanto, sus orejas cortas estaban rotas, el cuello y los hombros desgarrados y el hocico sangrante. Todas sus heridas provenían de mordiscos rápidos, que no podía prever ni evitar.

Colmillo Blanco había intentado derribarlo, pero la diferencia de altura era demasiado grande, porque el bulldog era muy bajo. El lobo realizó la treta varias veces. De pronto se le presentó la oportunidad de agarrar a *Cherokee* cuando éste volvió la cabeza exponiendo la paletilla, sobre la que se arrojó. Como la suya había quedado a gran altura, la energía con que inició el ataque lo llevó por encima de su enemigo. Por primera vez en su vida de luchador tropezó, dando su cuerpo una especie de media vuelta en el aire.

Hubiera caído de espalda de no haberse enderezado como un gato para caer sobre las patas. Se golpeó fuertemente en el costado sobre el suelo. Se puso inmediatamente de pie, pero en aquel mismo instante *Cherokee* lo atacó, cerrando sus colmillos sobre la parte inferior de su cuello.

No fue un mordisco muy afortunado, por ser demasiado bajo, pero no aflojó los dientes. *Colmillo Blanco* saltó y dio vueltas como un loco, tratando de deshacerse de su enemigo de una sacudida. Aquel peso no se desprendía.

Colmillo Blanco dio vueltas y más vueltas, tratando de soltarse de aquel peso de veinticinco kilos que llevaba colgado al cuello. El bulldog no lo soltaba. Algunas pocas veces pudo poner las patas en el suelo, abrazándose de *Colmillo Blanco*. Pero, enseguida, los movimientos del lobo lo llevaban nuevamente por los aires.

Cuando se cansó, *Colmillo Blanco* dejó de dar vueltas. Nunca le había ocurrido tal cosa en todas sus peleas, no podía hacer nada.

Estaba medio echado, luchando por conseguir tomar aliento. *Cherokee* no aflojaba, cedía un poco y avanzaba como si masticara. En cada uno de sus movimientos llevaba las mandíbulas más cerca del punto vital del cuello. El método del bulldog consistía en no perder lo ganado y avanzar todo lo que fuera posible.

No había posibilidad de escapar de aquellas mandíbulas que lentamente buscaban la yugular. Se salvó de la muerte por la piel

colgante de su cuello y el abundante pelo que la cubría, pero su respiración era cada vez más difícil.

Los espectadores comenzaron a creer que la pelea estaba terminando. Los que habían apostado por *Cherokee* se alegraron y ofrecieron cotizaciones de diez a uno y de veinte a uno, aunque Smith el Bonito fue lo suficientemente audaz como para aceptar una apuesta de cincuenta a uno. Se introdujo en la jaula y apuntó con el dedo en dirección a *Colmillo Blanco*, empezando después a reírse de él, lo que tuvo el efecto deseado, porque éste se puso rabioso y logró ponerse en pie.

Dio vueltas y más vueltas, tropezando y cayendo.

El bulldog no desperdició la oportunidad: hizo avanzar otro poco las mandíbulas, ahogando aún más a *Colmillo Blanco*. Se escucharon gritos de honor del vencedor: “¡*Cherokee!*, ¡*Cherokee!*”

En aquel momento, los espectadores distrajeron su atención para fijarla, temerosos de que fuera la policía, en un trineo que se aproximaba. Pero pronto vieron que se trataba de dos hombres que regresaban de alguna expedición minera. Estos se aproximaron al grupo, curiosos por conocer el motivo de la reunión. El encargado de los perros del trineo llevaba bigotes, pero su acompañante, un hombre más alto y más joven, estaba perfectamente afeitado.

Colmillo Blanco prácticamente había dejado de luchar. La respiración se volvía cada vez más dificultosa, debido a aquellas mandíbulas sin misericordia que a cada momento se cerraban más.

Entretanto, Smith el Bonito, al ver que *Colmillo Blanco* tenía ya los ojos vidriosos, saltó sobre él y empezó a patearlo sin piedad. Los concurrentes protestaron, mientras el recién llegado se abría paso a fuerza de codazos, sin cortesía ni ceremonia. Cuando llegó al lado de Smith el Bonito, le descargó con todas sus fuerzas un golpe en la cara, que lo elevó por los aires para ir a caer de espaldas sobre la nieve.

—¡Bestias!, ¡cobardes! —insultó luego a los espectadores.

Estaba furioso. Sus ojos grises arrojaban relámpagos acera-
dos a la multitud. Smith el Bonito había conseguido levantarse
y avanzaba arrastrándose. El recién llegado, que no conocía su
cobardía, creyendo que volvía dispuesto a pelear, le dio un se-
gundo golpe en el rostro y lo acostó una vez más sobre la nieve.

—¡Ven, Matt! ¡Ayúdame! —le gritó el encargado de los perros
del trineo, que lo había seguido al “ring”.

Ambos hombres se inclinaron sobre los perros, tratando
de separar las mandíbulas de *Cherokee* a fin de apartarlos. Era
una tentativa absolutamente inútil. La muchedumbre empezó a
tranquilizarse y algunos protestaron contra aquel acto, pero se
callaron en cuanto el recién llegado levantó la cabeza y los miró.

—¡Malditas bestias! —estalló y siguió trabajando.

—Es inútil, señor Scott —dijo Matt finalmente—. No ha san-
grado mucho —afirmó luego, observándolo—. Todavía le falta
bastante para morir.

—Pero puede ocurrir en cualquier momento —respondió Sco-
tt—. ¿Ves? Ha aflojado un poco las mandíbulas.

—Deberíamos usar alguna clase de palanca —aconsejó Matt.

El otro sacó el revólver y trató de introducir el cañón entre
las mandíbulas. Trabajó duramente hasta que se oyó el frotamien-
to del acero contra los dientes. Tomás Keenan se les acercó
y, tocándole en el hombro a Scott, le dijo amenazadoramente:

—¡No le rompa usted los dientes!

—Entonces le romperé el cogote —replicó Scott, continuando
en su tarea de introducir el cañón del arma entre los dientes.

—Le he dicho que no le rompa los dientes —repitió el jugador,
aún más amenazadoramente que antes.

Scott, sin levantar la cabeza, le preguntó fríamente:

—¿Es suyo el perro?

El jugador asintió.

—Entonces, ayúdeme.



–Bueno –dijo, arrastrando las palabras–. No me importa decirle que eso es algo que jamás he intentado. No sé cómo hacerlo.

–Entonces, retírese –replicó Scott–. No me moleste más.

Tomás Keenan siguió de pie al lado de Scott, quien no se preocupó de su presencia. Había conseguido introducir el cañón a través de las mandíbulas y empezaba a ejercer una presión suave y continua, tratando de separarlas poco a poco, mientras Matt retiraba cuidadosamente a *Colmillo Blanco*.

–Prepárese para hacerse cargo de su perro –ordenó Scott al jugador–. ¡Ahora! –exclamó, mientras aplicaba la presión final.

Ambos perros quedaron separados, y *Cherokee* se resistió vigorosamente mientras Keenan lo arrastraba fuera del “ring”.

Colmillo Blanco intentó inútilmente ponerse de pie. Tenía los ojos semicerrados y vidriosos. Las mandíbulas estaban muy abiertas y por entre ellas caía la lengua sucia de barro. Parecía estrangulado. Matt lo examinó.

–Está medio muerto –dijo–, pero aún respira.

Smith el Bonito se acercó para observar a su perro.

–Matt, ¿cuánto vale un perro de trineo? –preguntó Scott.

–Trescientos dólares –respondió el aludido.

–¿Y uno como éste, medio muerto? –volvió a preguntar, señalando con el pie a *Colmillo Blanco*.

–Ni la mitad –opinó Matt.

Scott se dirigió a Smith el Bonito:

–¿Ha oído usted eso, señor Bestia? Le daré a usted ciento cincuenta dólares y me quedaré con su perro.

–No lo vendo –dijo, cruzando las manos detrás de la espalda y retrocediendo.

Scott corrió hacia él, levantando los puños como para pegarle; Smith el Bonito se agachó, anticipándose al golpe.

–Es mi derecho –alegó en tono llorón.

–Usted ha perdido todo derecho sobre ese perro –repuso Scott–. ¿Va a tomar el dinero o tendré que pegarle otra vez?

–Bueno –dijo, asustado–. Pero acepto el dinero por obligación. Ese perro es una mina de oro. Al fin y al cabo todos tenemos nuestros derechos.

–Ciertamente –respondió Scott, entregándole el dinero–. Todos tenemos nuestros derechos. Pero usted no es como nosotros; usted no es un hombre: es una bestia.

–Espere a que llegue a Dawson –dijo amenazadoramente–. Allí le seguiré juicio.

–Si abre la boca haré que lo echen de la ciudad, ¿entendido?

–Sí, señor –aulló Smith el Bonito.

Algunos de los presentes se disponían a retirarse, otros formaban grupos y charlaban. Tomás Keenan se acercó a uno de ellos.

–¿Quién es ése? –preguntó.

–Weedon Scott –le respondieron.

–¿Y quién, por todos los demonios, es Weedon Scott? –preguntó.

–Es uno de los ingenieros de minas al servicio del Gobierno. Es muy amigo del gobernador y de todos los que tienen alguna importancia. Si quieres vivir tranquilo, apártate de su camino.

–Ya suponía yo que era influyente –comentó el jugador–. Por eso lo dejé tranquilo desde el comienzo.

5

EL INDOMABLE

Weedon Scott, acompañado de Matt, se encontraba sentado en los escalones, a la entrada de su habitación. Ambos observaban a *Colmillo Blanco* que, tirando de la cadena a la cual estaba amarrado, trataba de alcanzar a los otros perros que tiraban del trineo.

–Es un lobo y nadie lo podrá domesticar –afirmó Scott.

–No estoy muy seguro de ello –objetó Matt–. Yo diría que tiene mucho de perro... Sin embargo, de lo que estoy seguro es que ya ha sido domesticado.

–¡No! –exclamó Scott.

–Le digo que sí. Fíjese usted bien. ¿No ve las marcas a través del pecho?

–Tiene razón, Matt. Antes era un perro de trineo.

–Y no veo qué le impida tirar otra vez. Habría que darle una oportunidad –aconsejó Matt–, dejarlo suelto por un momento.

Scott lo miró incrédulamente.

–Sí –dijo Matt–. Ya sé que usted lo ha intentado, pero no se valió de un palo.

–Inténtalo tú, entonces.

Matt se dirigió hacia el animal, llevando una vara. Este no perdía de vista el palo cuando la mano del hombre se aproximó a su cuello, se engrifó, mostró los dientes y se echó al suelo. Pero mientras vigilaba la mano que se aproximaba, no perdía de vista la vara, sostenida en la otra. Matt soltó la cadena del collar y retrocedió.

Colmillo Blanco, que había pasado muchos meses sin gozar de un instante de libertad, estaba completamente perplejo. Después de haberse apartado de ambos hombres por precaución, y viendo que nada ocurría, volvió sobre sus pasos, deteniéndose a pocos metros de ambos y mirándolos fijamente.

–¡Pobre diablo! –exclamó Scott–. Lo que necesita es que se le muestre un poco de afecto –añadió, entrando a la cabaña.

Regresó con un pedazo de carne, que arrojó a *Colmillo Blanco*. Este se alejó de él de un salto, observándolo a distancia.

–¡Eh, tú! ¡*Mayor*! –gritó Matt, advirtiendo demasiado tarde que uno de los perros corría hacia el bocado.

Mayor había saltado hacia la carne. En el momento en que cerraba las mandíbulas sobre ella, *Colmillo Blanco* lo derribó.

Matt corrió hacia ellos, pero *Colmillo Blanco* fue más ligero. *Mayor* consiguió levantarse. La sangre que le caía del cuello manchaba la nieve.

–Mala suerte, pero se lo tiene merecido –dijo Scott.

Entretanto Matt había levantado el pie para castigar. Un salto, unos dientes blancos y una exclamación. *Colmillo Blanco* retrocedió, mientras Matt se examinaba la pierna.

–Me ha mordido –dijo, indicando la sangre que manaba.

–Ya te dije que era inútil –dijo Scott con desencanto, mientras sacaba el revólver de mala gana–. Ahora hay que hacerlo.

–Oiga usted, señor Scott –atajó Matt–. Ese perro lo ha pasado muy mal. No se puede esperar que se porte como un ángel. Déle tiempo.

–Observa a *Mayor* –replicó el otro.

–Se lo tiene merecido. Usted mismo lo dijo.

–Fíjate en ti mismo, Matt.

–Me lo tengo merecido –replicó tercamente–. ¿Por qué tenía que darle una patada? Yo no tenía derecho a pegarle. Déle una oportunidad y si no se porta bien, yo mismo lo mataré.

–Dios es testigo de que no quiero matarlo ni que lo mate otro –dijo Scott, guardando el revólver–. Lo dejaremos suelto a ver qué hace. Se encaminó hacia *Colmillo Blanco* y empezó a hablarle suavemente.

–Será mejor que tenga un palo en la mano –le advirtió Matt.

Colmillo Blanco sospechaba que algo lo amenazaba. ¿Qué podía esperar sino un terrible castigo? Erizó el pelo, mostró los dientes, alistó todos sus músculos. Como el hombre no tenía ningún palo en la mano, permitió que se le acercara. La mano del hombre descendió sobre su cabeza. Gruñó cada vez más amenazadoramente y se echó, tensos los músculos, mientras la mano seguía descendiendo. No quería herirla, por lo que aguantó el peligro, pero el instinto estalló en él, dominándolo.

Weedon Scott había confiado en su ligereza para evitar cualquier mordisco. Pero todavía le quedaba por conocer la destreza de *Colmillo Blanco*, que atacaba con la rapidez y seguridad de una víbora.

Scott dio un grito agudo, sorprendido, apretándose la mano desgarrada por el mordisco. *Colmillo Blanco* retrocedió y se echó al suelo, brillándole los ojos de malignas amenazas. Esperaba la peor de las palizas.

—¡Eh! ¿Qué vas a hacer? —exclamó Scott de repente.

—Nada —respondió Matt, con calma, mientras regresaba de la cabaña armado de un rifle—. Solo que voy a cumplir mi promesa. Creo que me toca a mí matarlo, como dije que lo haría.

—¡No lo harás!

Así como Matt había intercedido por la vida de *Colmillo Blanco* cuando éste lo mordió, ahora le tocaba a Scott.

—Dijiste que había que darle una oportunidad. Pero, ¡mira!

Colmillo Blanco, a unos doce metros de la cabaña gruñía dirigiéndose a Matt.

—¡Que me maten! —exclamó éste, sorprendido.

—Observa lo inteligente que es —prosiguió Scott—. Conoce tan bien como tú las armas de fuego. Baja ese rifle.

—Bueno, está bien —asintió Matt, dejando el arma—. Pero, ¡fíjese usted en eso! —exclamó enseguida.

Colmillo Blanco se había calmado, dejando de gruñir.

—Vale la pena investigarlo. Aunque sea para ver lo que hace...

Matt levantó el rifle y *Colmillo Blanco* empezó a gruñir, llegando su ronquido a la máxima potencia cuando el arma estuvo en posición de tiro, momento en el cual saltó de costado, ocultándose detrás de la cabaña. Matt se quedó mirando hacia el espacio vacío, cubierto de nieve, donde antes se encontraba *Colmillo Blanco*.

—Estoy de acuerdo con usted —le dijo a Scott, bajando el arma—. Es demasiado inteligente para que muera.

6

EL DIOS DEL AMOR

Cuando Scott se acercó a *Colmillo Blanco*, llevando la mano vendada y en cabestrillo, éste se engrifó y mostró los dientes para demostrar que no estaba dispuesto a recibir castigo alguno. Comprendía que el castigo se había postergado, pero que no podía faltar.

El dios estaba sentado a algunos metros de distancia, no llevando ningún palo, ni látigo, ni arma de fuego, por lo que *Colmillo Blanco* no veía nada de peligroso en ello. Pero en cuanto el dios se levantara, se pondría en guardia. Mientras tanto esperaría.

El dios se mantuvo inmóvil y el ronquido de *Colmillo Blanco* descendió de tono hasta morir en su garganta. Entonces habló Scott. Al oír sus palabras, erizó el pelo y volvió a gruñir. Pero el dios seguía hablando sin detenerse. Hablaba suave y calmadamente, con una bondad que de alguna extraña manera llegó al corazón de *Colmillo Blanco*. Y éste, a pesar de todas las alarmas de su instinto, llegó a abrigar confianza en este dios.

Después de algún tiempo, el hombre se levantó y entró en la cabaña, regresando al poco rato. Se sentó en el mismo lugar que antes, a pocos metros de él. Tenía en la mano un pedazo de carne. *Colmillo Blanco* paró las orejas y la inspeccionó desconfiadamente, atento al alimento y al hombre. El dios se limitaba a mantener cerca de sus fauces el pedazo de carne, ofreciéndosela con movimientos cortos que eran una invitación. Sin embargo, *Colmillo Blanco* se negaba a tocarla. En sus experiencias anteriores, particularmente con las mujeres indias, iban muy a menudo juntos la carne y el castigo.

Finalmente, el dios la arrojó sobre la nieve a las patas de *Colmillo Blanco*. Con infinitas precauciones, manteniendo la vista fija en el dios, la tomó con los dientes y se la tragó. La maniobra se repitió un cierto número de veces, hasta que el dios se negó a tirarla, manteniéndola en su mano y ofreciéndola con insistencia.

La carne era buena y *Colmillo Blanco* tenía hambre. Paso a paso se acercó, gruñendo, y con el pelo del cuello involuntariamente erizado, como advirtiendo que no estaba dispuesto a tolerar una jugarreta. Finalmente alcanzó la carne y la comió sin que ocurriera nada.

El dios seguía hablando. En su acento había bondad, cosa desconocida para *Colmillo Blanco*. Se hallaba poseído por un extraño bienestar, como si se le llenara un vacío en su ser. Pero nuevamente lo asaltaron sus instintos de experiencias pasadas.

Ahí bajaba la mano el dios, que descendía sobre su cabeza. Pero aquél proseguía hablando. Su voz era suave y tranquilizadora. Gruñó y se engrifó, pero no mordió ni se alejó de un salto. La mano siguió descendiendo, hasta que tocó el erizado pelo, al sentirlo se replegó aún más sobre sí mismo. La mano bajó todavía más, apretándose contra él. Luego se elevó para volver a descender suavemente, acariciándolo. Esto continuó durante un buen tiempo, pero siempre que la mano se levantaba, se le erizaba el pelo, y cada vez que descendía, replegaba las orejas y gruñía.

Mientras tanto Scott seguía hablando suavemente, y la mano se levantaba y bajaba en caricias que no tenían nada de hostiles. Luego el movimiento acariciador se transformó en un frotamiento de las orejas, alrededor de su base, lo que aumentó el placer físico. Sin embargo, *Colmillo Blanco* todavía se mantenía en guardia, esperando alguna maldad desconocida.

—¡Que me ahorquen! —exclamó Matt, saliendo de la habitación, al contemplar a Weedon Scott acariciando a *Colmillo Blanco*.

En cuanto escuchó su voz, *Colmillo Blanco* saltó hacia atrás, gruñendo rabiosamente en dirección a Matt, quien miró a su jefe con expresión de desaprobación.

Weedon Scott sonrió, acercándose a *Colmillo Blanco*, hablando siempre con suavidad. Luego extendió la mano y la posó en la cabeza del lobo, volviendo a acariciarlo.

—Es posible que sea usted el mejor ingeniero de minas del mundo —habló Matt—, pero lo cierto es que se perdió la gran oportunidad de haber trabajado como domador.

Colmillo Blanco gruñó al oír el sonido de aquella voz, pero esta vez no se escapó de la mano que le acariciaba la cabeza y el cuello.

Se anunciaba para él una vida nueva, incomparablemente más bella. Se necesitaron muchas reflexiones de parte de Weedon Scott y una paciencia infinita para conseguirlo. De parte de *Colmillo Blanco*, equivalía a una verdadera revolución. Debía ignorar el aguijón del instinto y de la razón.

En demostración de sumisión, se hizo cargo de la custodia de la casa de su amo. Rondaba alrededor de la cabaña, cuando dormían los perros que servían para tirar el trineo. El primer visitante que llegó de noche a la vivienda tuvo que defenderse con un palo, hasta que Weedon Scott llegó a rescatarlo. Pero *Colmillo Blanco* pronto aprendió a distinguir a los ladrones de la gente honrada.

Scott se había impuesto la tarea de redimir a *Colmillo Blanco*, o, mejor dicho, de redimir a la humanidad del mal que le había hecho. Era una cuestión de principios y de conciencia. Pensaba que el mal causado era una deuda para con todos y que había que pagarla.

Colmillo Blanco estaba en camino de encontrarse a sí mismo. Cambiaba su viejo código de conducta. Los nuevos sentimientos que lo dominaban lo llevaban muchas veces a aceptar la incomodidad y el dolor por su dios. De madrugada, en lugar de dedicarse a cazar

o a deambular por los alrededores, esperaba en los desabrigados escalones de la cabaña, solo para ver la cara del hombre. De noche, cuando regresaba, *Colmillo Blanco* abandonaba el plácido lugar donde dormía, solo para gustar de las caricias en la cabeza u oír sus palabras de saludo. Olvidaba hasta la misma carne para estar con él o para acompañarle a la ciudad.

Pero no hacía grandes demostraciones de su afecto. Nunca corría a su encuentro, sino que lo esperaba a cierta distancia. Su amor se asemejaba algo así como a una adoración muda, profunda, silenciosa. Expresaba sus sentimientos solo mediante la luz de sus ojos, que seguían sin cesar todos los movimientos de su amo. Pero aun en su gruñido había un nuevo tono que un extraño no hubiera podido advertir.

Luego aprendió a acomodarse a su nuevo sistema de vida. Entendió que no debía molestar a los perros de su amo, así como debía tolerar a Matt. Era éste quien le daba de comer, pero *Colmillo Blanco* adivinaba de quién era el alimento que comía, aunque se lo diera otro. Matt lo ató al trineo e intentó que lo arrastrara junto con los otros perros, pero fracasó, hasta que Scott le puso el arnés y le dio a entender que quería que tirara. Lo aceptó como voluntad de su amo, no solo en el sentido de que contribuyera a tirar del trineo, sino también en el de que Matt le diera órdenes, como lo hacía con los otros perros.

Los trineos de Klondike diferían de los del Mackenzie en varios aspectos. Además, en Klondike, el jefe de los perros era verdaderamente un jefe, porque se elegía para ello al más fuerte e inteligente de todos, al que los demás obedecían y temían. *Colmillo Blanco* llegó a aquel puesto por sus propios méritos y sin ceremonias, teniendo Matt que declararse conforme con ello, sin dejar de proferir maldiciones y después de haber intentado otras cosas.

—Si usted me permite decirle lo que tengo en la punta de la lengua —le manifestó un día Matt a Weedon Scott—, le diré que

hizo un excelente negocio cuando pagó aquel precio por este perro. Además de romperle la cara, usted estafó a Smith el Bonito.

En los ojos grises de Scott brilló una chispa de odio, mientras murmuraba:

—¡Esa maldita bestia!

Colmillo Blanco se sintió muy preocupado a fines de primavera. Había desaparecido su amo. La primera noche esperó que regresara. A las dos de la mañana, su ansiedad lo llevó a abandonar el lecho para echarse en los fríos escalones, donde decidió esperar.

Pero el amo no volvió. En la mañana se abrió la puerta y salió Matt. *Colmillo Blanco* lo miró interrogativamente. Pasaron los días, y el amo no aparecía. *Colmillo Blanco*, que nunca se había enfermado, se puso tan mal que Matt se vio obligado a meterlo en la cabaña. Al escribir a Scott, no dejó de destinar las líneas finales a *Colmillo Blanco*:

Ese maldito lobo no trabaja ni come. No le queda ni valor, todos los perros lo corren. Quiere saber noticias suyas y no sé cómo dárselas. Creo que se va a morir.

Una noche, mientras Matt leía moviendo los labios, lo hizo saltar de su asiento un ronco gruñido de *Colmillo Blanco*, que se había levantado enderezando las orejas hacia la puerta y escuchando con toda la atención de que era capaz. Un momento más tarde, Matt oyó pasos en los escalones, se abrió la puerta y apareció Weedon Scott.

—¿Dónde está el lobo? —preguntó.

Lo descubrió cerca de la estufa, donde había estado siempre, pero no corrió hacia él, como hacen los otros perros. Lo vigilaba y esperaba. Weedon Scott lo llamó. *Colmillo Blanco* se acercó a él rápidamente pero sin grandes saltos. Sus ojos adquirieron un extraño brillo. Un inmenso cariño aparecía en sus ojos, patente a ambos hombres.

—A mí nunca me miró así mientras usted estuvo ausente —comentó Matt.

Scott no lo escuchaba. En cuatro patas, cara a cara con *Colmillo Blanco*, empezó a acariciarlo, frotándole las orejas y pasándole la mano por todo el espinazo y el cuello. *Colmillo Blanco* gruñía, acentuando gradualmente la nota más aguda de su voz.

Pero eso no fue todo. Su alegría pugnaba por encontrar algún nuevo modo de expresión. De repente metió la cabeza entre el brazo y el cuerpo de su amo. Oculto allí, se apretó fuertemente contra Scott.

—¡Vaya! —atinó a decir Matt muy sorprendido. Momentos después, repuesto ya de su asombro, añadió—: Siempre dije que ese lobo era un perro. ¡Fíjese en él!

Con el regreso de su amo, *Colmillo Blanco* recuperó rápidamente las fuerzas. Cuando salió de la cabaña, los otros perros solo recordaban las últimas impresiones que tenían de él, de un perro débil y enfermo. Al verlo se le echaron encima. Pronto se dieron cuenta de que las cosas habían cambiado nuevamente y se dispersaron, derrotados. Solo en la noche se atrevieron a volver, demostrando con humildad que reconocían ser inferiores.

Como *Colmillo Blanco* había aprendido a meter la cabeza entre el brazo y el cuerpo de su amo, lo practicó con mucha frecuencia. Siempre había sido particularmente celoso de su cabeza. Era un mandato de su instinto que la cabeza debía estar libre. Al esconderla voluntariamente entre el brazo y el cuerpo de su amo, se colocaba en una posición en que le hubiera resultado imposible toda lucha. Era la expresión de su confianza hacia él; de entrega absoluta.

Una noche, poco después del regreso de Scott, mientras éste se hallaba jugando naipes con Matt, oyeron un grito y un gruñido afuera. Ambos se levantaron de un salto.

—¡El lobo ha atacado a alguien! —dijo Matt, y un alarido de espanto llegó hasta ellos.

—¡Trae una luz! —ordenó Scott mientras corría.

Matt lo siguió con una lámpara, a cuya luz vieron a un hombre de espaldas sobre la nieve. Tenía cruzados los brazos sobre la cara y el cuello, con lo que se defendía de los dientes de *Colmillo Blanco*, lo que evidentemente era necesario, porque éste, poseído de una maligna furia, trataba de alcanzar aquel punto vulnerable. Desde el hombro hasta el codo, las mangas de franela azul estaban hechas jirones, mientras los brazos chorreaban sangre.

Scott corrió a sujetar a *Colmillo Blanco* por el cuello y lo sacó de allí, con grandes esfuerzos. Entretanto Matt, que ayudaba a la víctima a levantarse, descubrió en ella el rostro bestial de Smith el Bonito. Este pestañeó cuando la luz de la lámpara le dio en la cara. Echó una mirada alrededor y al ver a *Colmillo Blanco* se retrató en su rostro una expresión de terror.

Al mismo tiempo Matt advirtió un par de objetos tirados en la nieve. Acercó la lámpara y los señaló con el pie a Scott; una cadena de acero para perro y un grueso palo. Weedon Scott los vio e inclinó la cabeza. No se habló una sola palabra. Matt así a Smith el Bonito por un hombro y lo hizo dar media vuelta. No era necesario decir nada. El hombre echó a andar.

Mientras tanto, Scott acariciaba a *Colmillo Blanco* y le hablaba:

—¿Así que quería robarte, eh? Y a ti no te gustó eso. Bueno, bueno. Parece que cometió un error.

—Smith debe haber creído que lo atacaban diecisiete demonios juntos —comentaba Matt burlesco.

Colmillo Blanco, todavía excitado y engrifado, gruñía, mientras su pelo volvía a su posición normal, gruñendo cada vez menos.

QUINTA PARTE

1

EL LARGO VIAJE

Colmillo Blanco presentía una calamidad. De una manera vaga comprendió que se avecinaba un cambio.

—¡Escuche usted eso! —exclamó Matt una noche mientras cenaban.

A través de la puerta se oía un aullido ansioso y prolongado, que parecía un sollozo reprimido. Después se vio a *Colmillo Blanco* olisquear, como si quisiera convencerse de que su amo estaba todavía adentro y no había emprendido su largo viaje.

—Creo que ese lobo está aullando por usted —afirmó Matt.

—¿Qué diablos puedo hacer con un lobo en California? —preguntó Scott.

—Eso es lo que yo digo —contestó Matt—. ¿Qué diablos puede hacer usted con un lobo en California?

Pero esto no era una satisfacción para Weedon Scott. Matt parecía opinar sin comprometerse.

—Los perros de allá no podrían hacerle frente —prosiguió Scott—. Los mataría a todos. Tendría que declararme en quiebra, si me cobran daños y perjuicios.

—Ya sé que es un asesino —comentó Matt.

—Es imposible —dijo finalmente Scott, dando muestras de haber llegado a una resolución.

—Es imposible —repitió Matt.

Weedon Scott inclinó la cabeza en señal de afirmación.

Luego en el silencio se volvió a oír aquello que parecía un sollozo y después un olfateo de búsqueda.

—Es inútil negar que está ahí por usted —insistió Matt.

—¡Maldito sea! —exclamó Scott, en un acceso de ira.

—Matt, no sé qué hacer —dijo después de una pausa.

No tardó en llegar el día fatal. *Colmillo Blanco*, a través de la puerta abierta, vio aquel baúl en el suelo dentro del cual su amo iba metiendo cosas. Era ya imposible cerrar los ojos a la evidencia que mucho antes *Colmillo Blanco* había adivinado. Su dios se preparaba para un largo viaje y él quedaría solo.

Aquella noche lanzó el largo aullido del lobo, como lo había hecho cuando era cachorro. Elevó el hocico hacia las estrellas y les cantó sus penas.

Dentro de la cabaña, los dos hombres se disponían a acostarse.

—Otra vez ha dejado de comer —informó Matt desde su cama.

Scott murmuró algo inentendible y se revolvió debajo de las mantas.

—A juzgar por el comportamiento de la otra vez, no me extrañaría que se muriera.

En el otro catre se agitaron las mantas aún más.

—¡Cállate de una vez! —gritó Scott desde la oscuridad—. ¡Eres peor que una mujer!

—Conforme —respondió Matt, y Scott se preguntó si se burlaba.

Al día siguiente, la intranquilidad de *Colmillo Blanco* fue todavía más notoria. No perdía pisada de su amo. Por la tarde llegaron los indios, cargaron los baúles y tomaron el camino que conduce al valle, precedidos por Matt. Al cabo de algún tiempo regresó éste, y al poco rato Scott hizo entrar a *Colmillo Blanco* a la cabaña.

—¡Pobre animal! —se lamentó, mientras le acariciaba las orejas—. Voy a emprender un largo viaje y no puedo llevarte. Dame un buen gruñido de despedida.

Pero *Colmillo Blanco* se negó a hacerlo. En cambio, después de mirarlo inteligentemente, metió su cabeza entre el brazo y el cuerpo de su amo.

—¡Esto es el colmo! —exclamó Matt.

Desde el Yukón llegó el ruido de la sirena de un barco—. ¡Apresúrese usted! Cierre bien la puerta de adelante, que yo lo haré con la de atrás. ¡Vamos!

Las dos puertas se cerraron de un solo golpe. Al reunirse ambos hombres, se detuvieron. *Colmillo Blanco* aullaba como un perro a quien se le ha muerto el amo. Proclamaba su profundo dolor, en gemidos que destrozaban el corazón, para terminar en un lamento tristísimo, elevándose otra vez con cada nuevo ataque de dolor.

El *Aurora* era el primer barco que llegaba en aquella estación del año. Sus puentes estaban llenos de aventureros y de empobrecidos buscadores de oro. Cerca de la planchada. Scott iba a dar un apretón de manos a Matt, que se disponía a abandonar el barco. Pero ambas manos nunca se juntaron, porque la de Matt quedó en suspenso al distinguir algo sobre el puente: sentado allí, a varios metros de distancia, observándolos inteligentemente, estaba *Colmillo Blanco*.

Matt, verdaderamente asustado, lanzó por lo bajo una maldición. Scott estaba asombrado.

—¿Cerró usted con llave la puerta delantera? —preguntó Matt.

El otro afirmó con la cabeza y preguntó:

—¿Y la puerta de atrás?

—Quedó cerrada.

Matt avanzó unos pasos hacia *Colmillo Blanco*, pero éste se alejó sin prisa. Su perseguidor echó a correr tras él, mas el perro se deslizaba velozmente entre las piernas de los hombres. Sin embargo, cuando Scott alzó la voz, *Colmillo Blanco* obedeció al instante.

—Que me cuelguen si comprendo cómo sabe que usted es el amo —exclamó resentido Matt—. No viene a mí, que lo he

alimentado durante todos estos meses. Usted solo le dio de comer los primeros días, cuando hicieron amistad.

Scott, que acariciaba a *Colmillo Blanco*, se inclinó de repente: tenía varias heridas recién hechas. Matt pasó la mano por el vientre del animal.

—Claro. Nos olvidamos de la ventana. Debe haber pasado a través de ella como un proyectil.

Pero Scott no le escuchaba. Pensaba rápidamente. Los hombres corrían por la planchada, ya que había sonado la última señal. Matt se quitó la bufanda y se dispuso a ponérsela a *Colmillo Blanco*, a manera de collar, pero Scott lo detuvo.

—Bueno, adiós, Matt... En lo que respecta al lobo, no hace falta que escribas..., verás..., me he decidido... Yo te escribiré acerca de él.

Levantaron la planchada. El *Aurora* se separó del muelle, mientras Weedon Scott saludaba por última vez. Entonces se dirigió hacia *Colmillo Blanco*, diciéndole, mientras le acariciaba las orejas:

—Ahora puedes aullar todo lo que quieras, maldito.

2

LAS TIERRAS DEL SUR

Cuando *Colmillo Blanco* desembarcó en San Francisco, estaba asustado. Las cabañas de troncos que había conocido eran aquí verdaderas torres. Las calles estaban llenas de peligros: automóviles, camiones, grandes caballos que arrastraban pesadas cargas, tranvías eléctricos que aullaban con el mismo grito agudo de los lince que él conoció en las tierras del Norte.

El ruido de la calle le rompía los oídos. Como nunca, sintió que dependía de su amo, cuyas pisadas no perdía por nada del mundo.

Scott lo metió en un vagón de carga, encadenándolo en un rincón, entre un montón de baúles. Allí mandaba un dios gordo y de color oscuro que alborotaba mucho. Pronto *Colmillo Blanco* descubrió por el olfato los baúles de su amo, procediendo entonces a montar guardia sobre ellos.

—Ya era tiempo de que viniera usted —gruñó el dios oscuro, cuando apareció Weedon Scott una hora después—. Ese perro no me deja tocar ninguna de sus cosas.

Colmillo Blanco quedó asombrado al saltar del vagón: ya había desaparecido aquella monstruosa ciudad. Ante él se desplegaba un sonriente paisaje campesino, donde el sol brillaba. Pero tuvo muy poco tiempo para maravillarse de tal transformación.

Los esperaba un coche. Un hombre y una mujer se aproximaron al amo. Ella pasó sus brazos por la espalda del dios y lo atrajo hacia sí: ¿un acto de hostilidad? Weedon Scott se separó inmediatamente y tomó a *Colmillo Blanco*, que estaba convertido en una furia.

—Está bien, mamá —dijo, sin soltar a *Colmillo Blanco*, tratando de calmarlo—. Creyó que me hacías daño. Está bien. Ya aprenderá.

—Hijo, espero poder abrazarte cuando el perro no esté cerca —contestó ella, riendo, aunque estaba pálida de miedo.

—Tendrá que aprender, y empezaremos ahora mismo —dijo Scott.

Habló suavemente a *Colmillo Blanco*, hasta que éste se calmó. Entonces su voz se hizo firme, ordenándole que se echara, cosa que esta vez hizo resistiéndose y de mala gana.

—Ven, mamá.

Scott abrió los brazos sin perder de vista a *Colmillo Blanco* que observaba con el pelo erizado cómo se repetía aquel “acto hostil”, del cual, sin embargo, no parecía resultar ningún daño. Luego que el equipaje fue colocado en el coche, subieron a él su amo y los extraños dioses. *Colmillo Blanco* lo siguió, siempre vigilante, unas

veces detrás del coche y otras al lado de los caballos, para advertirles que no estaba dispuesto a tolerar que hicieran daño a su amo.

Después de un cuarto de hora, el coche cruzó un portón de piedra y entró por una avenida de nogales. A ambos lados los campos de trigo se doraban al sol, contrastando con el verde de los árboles. En una suave elevación del terreno se encontraba la casa de numerosas ventanas.

Colmillo Blanco apenas tuvo tiempo de observar el paisaje. En cuanto el coche atravesó la entrada, lo atacó un perro pastor, de ojos brillantes y fino hocico, que se interpuso entre el coche y él. *Colmillo Blanco* no dio ninguna señal de advertencia, solo erizó el pelo mientras corría hacia el otro animal, dispuesto a dar el golpe mortal. Pero no llegó a su objetivo, sino que se detuvo bruscamente, rígidas las patas, tratando de frenar su impulso. Había descubierto que era una perra, a la cual la ley de su raza protegía.

Pero ella no pensaba así, pues como hembra no tenía ese instinto. Para ella, *Colmillo Blanco* era un lobo, el merodeador, el que había atacado a sus rebaños desde el primer día en que un hombre confió a sus antepasados el cuidado de sus ovejas. Mientras trataba de evitar su contacto, ella saltó sobre él. *Colmillo Blanco* mostró involuntariamente los dientes al sentir los de ella en su cuello, pero no pasó de ahí. Se desvió del camino, dando algunas vueltas: todo fue inútil. Ella siempre se encontraba entre el vehículo y el lobo.

—¡Ven aquí, *Collie*! —gritó desde el coche el hombre desconocido.

—No se preocupe, papá —dijo Weedon Scott, riendo—. *Colmillo Blanco* tendrá que aprender muchas cosas, y es mejor que empiece ahora mismo.

Collie estaba siempre delante, mostrándole sus dos hileras de dientes. Cruzó la senda y trató de adelantarse por el campo del otro lado, con el mismo resultado negativo. El coche en que iba el amo se perdió de vista a lo lejos.

La situación era desesperada. Repentinamente, se echó sobre la perra, golpeando con sus paletillas la de ella, utilizando su vieja treta. Quedó libre el camino y *Colmillo Blanco* echó a correr, seguido siempre por la perra que no dejaba de ladrar, furiosa.

Al dar vuelta a la casa, divisó el vehículo y a sus ocupantes descendiendo de él. En aquel momento, mientras corría a toda velocidad, *Colmillo Blanco* comprendió que iba a ser atacado por el costado. Era un galgo que se le venía encima y cuyo ataque no pudo evitar. Lo golpeó en el costado con tal fuerza y velocidad que *Colmillo Blanco* cayó al suelo, dando una voltereta. Inmediatamente se levantó para atacar al galgo furioso y por un milagro sus mandíbulas no se cerraron sobre el cuello del atacante.

Collie salvó la vida del perro. Llegó en el preciso momento en que *Colmillo Blanco* se disponía a echarse otra vez sobre él para matarlo. La perra cayó sobre el lobo como un huracán, chocando en ángulo recto con él y derribándolo una vez más.

En aquel momento llegó el amo, que con una mano apartó a *Colmillo Blanco*, mientras su padre llamaba a los otros.

—Creo que es una buena recepción para un solitario lobo del Ártico—dijo Weedon Scott, mientras calmaba a *Colmillo Blanco*, acariciándolo—. En toda su vida, solo se sabe que lo hayan derribado una vez, y en cuanto llega aquí le hacen perder el equilibrio un par de veces.

Otras dos mujeres abrazaron a Scott en la puerta de la casa.

El galgo, que se llamaba *Dick*, obedeciendo órdenes, se había echado en el porche, sin dejar de gruñir al intruso. Una de las mujeres abrazaba y acariciaba a *Collie*.

—Haz entrar a *Collie* y que esos dos arreglen sus diferencias como puedan—sugirió el padre de Scott, mientras subían las escaleras de la casa—. Pronto se harán amigos.

—En ese caso, para demostrar su amistad, *Colmillo Blanco* será uno de los principales asistentes al funeral de *Dick*—respondió su hijo, riendo.

—Quieres decir que...

—Eso mismo—asintió Weedon—. *Dick* estaría muerto en dos minutos cuando mucho—. Vamos, lobo, es a ti a quien hay que encerrar—dijo, dirigiéndose a *Colmillo Blanco*.

Este subió por los peldaños con las patas rígidas, levantada la cola, sin apartar los ojos de *Dick*, en guardia contra cualquier cosa que pudiera asaltarlo desde el interior de la casa. Pero nada ocurrió. En cuanto estuvo adentro, exploró los alrededores, para echarse luego a los pies de su amo con un gruñido de satisfacción.

3

EL DOMINIO DE LOS DIOS

Colmillo Blanco era adaptable por naturaleza. Allí, en Sierra Vista, nombre de la propiedad del juez Scott, pronto aprendió a sentirse como en su casa. No tuvo ningún otro conflicto serio con los perros. *Colmillo Blanco* fue aceptado por éstos en cuanto los dioses lo hicieron entrar en la casa. Naturalmente, *Dick* tuvo que pasar por algunos malos trances, antes de aceptar a *Colmillo Blanco* como parte de la hacienda. Si las cosas hubieran ocurrido como lo deseaba el perro, hubieran sido amigos, pero como a *Colmillo Blanco* no le gustaban las amistades, tuvo que aprender a ignorarlo.

Collie actuó de manera distinta. Lo aceptaba por ser una orden de los dioses, pero eso no significaba que debía dejarlo tranquilo. Ni en un día ni en una generación era posible olvidar los destrozos que habían causado en las majadas. Entre ellos se alzaba una rivalidad que provenía de muchas generaciones anteriores.

Collie se aprovechaba de su sexo para atacar a *Colmillo Blanco* y maltratarlo. Entonces él se volvía, exponiendo a sus dientes solo su paletilla bien protegida por el pelo, y luego se alejaba con las patas rígidas. Sin embargo, a veces un mordisco en las patas traseras precipitaba su retirada, en la que *Colmillo Blanco* perdía todo su orgullo.

Por otra parte *Colmillo Blanco* tenía también mucho que aprender. La vida en las tierras del Mackenzie era fácil comparada con la de Sierra Vista.

Había que considerar un mayor número de personas: el juez Scott y su esposa, las dos hermanas de su amo, Isabel y María; su esposa, Alicia, y sus dos hijos, Weedon y Maud, de cuatro y seis años de edad. Nadie podría explicarle los lazos de sangre que existían entre ellos. Sin embargo, observando los ademanes y el tono de las voces, fue comprendiendo el grado de intimidad que los unían a él. Lo que era valioso para su amo también lo era para él. Lo que su amo amaba, *Colmillo Blanco* lo apreciaba y vigilaba estrechamente.

Así sucedió con los dos niños. Como en el campamento de los indios había aprendido a odiar a éstos, cuando Weedon y Maud se le acercaron por primera vez, gruñó y su mirada fulguró de malignidad. Un golpe del amo y unas palabras enérgicas bastaron para que tolerara sus caricias, aunque no dejó de gruñir mientras aquellas manitos paseaban por su lomo.

Después de los niños, a quien más respetaba era al juez Scott. A *Colmillo Blanco* le agradaba echarse a sus pies, cuando éste leía su periódico, sentado en el porche, favoreciéndolo de vez en cuando con una mirada o alguna palabra. Pero solo hacía eso cuando el amo no estaba cerca, ya que en cuanto aparecía, todas las demás cosas dejaban de existir para él.

Pero *Colmillo Blanco* tenía aún mucho más que aprender, y el método más eficaz de su educación consistía en un golpe o una palabra de su amo. Debido al cariño que le tenía, un simple

golpe de Weedon Scott era para él más doloroso que los azotes que había recibido de Nutria Gris o de Smith el Bonito.

En las tierras del Norte, el único animal domesticado era el perro. Durante toda su vida, *Colmillo Blanco* había matado las cosas vivientes para poder alimentarse. No entendía que allí fuera distinto, pero tuvo que aceptarlo. Paseando alrededor de la casa una mañana, tropezó con un pollito que se había escapado del gallinero.

Uno de los encargados, desconociendo su raza cogió un látigo. Al primer latigazo, *Colmillo Blanco* soltó el pollo y atacó al hombre. En silencio atacó por segunda vez. Cuando el hombre comprendió que quería saltar a la garganta, tiró el látigo y se la cubrió con las manos, gritando y clamando a Dios. Aterrorizado, trató de refugiarse en la caballeriza, protegiéndose la cara y la garganta con el brazo que sangraba, destrozado. Le habría ido peor si *Collie* no hubiera aparecido por ahí, salvándole la vida como antes lo hizo con *Dick*. Se arrojó sobre *Colmillo Blanco*, haciéndolo retroceder. *Colmillo Blanco*, perdida su dignidad, escapó delante de ella a través de los campos.

—Tiene que aprender a no comerse los pollos —dijo el amo—. Pero no puedo darle una lección mientras no lo encuentre con el cuerpo del delito.

Dos días después, por la mañana, al salir de casa, tropezó con cincuenta gallinas muertas. *Colmillo Blanco* esa noche había asaltado el gallinero. Este lo observaba con una mirada inocente, sin mostrar vergüenza ni culpabilidad. Se mantenía orgullosamente sobre sus patas, como si hubiera realizado una hazaña. El amo habló duramente al culpable. Luego lo obligó a oler nuevamente las gallinas, propinándole a la vez unos buenos golpes.

Nunca volvió a asaltar un gallinero: había aprendido que era un acto ilegal.

—Es imposible reformar a un animal que ha probado sangre —decía tristemente el juez Scott durante el desayuno.

—Yo lograré reformarlo le replicó su hijo: —Encerraré a *Colmillo Blanco* toda la tarde en el gallinero.

—Piensa en las pobres gallinas —objetó el juez.

—Además —prosiguió su hijo—, por cada gallina que mate, le daré a usted un dólar.

—Entonces papá debería pagar algo, si pierde —le interrumpió Isabel, a quien secundó su otra hermana. El juez asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo su hijo, después de reflexionar—. Si a la caída de la tarde, *Colmillo Blanco* no ha causado ningún daño, por cada diez minutos que haya estado en el gallinero, usted tendrá que decir una vez, con la misma seriedad con que pronuncia una sentencia, que es más inteligente que lo que usted creía.

Toda la familia vigiló la experiencia, que fue muy aburrida. *Colmillo Blanco* se recostó en el suelo, quedándose dormido. Una sola vez se levantó a tomar agua. Para él no existían los pollos. En el porche, delante de toda la familia, el juez Scott, frente a *Colmillo Blanco*, dijo solemnemente dieciséis veces: “Eres más inteligente de lo que yo creía”.

Un día, recorriendo la campiña, vio a *Dick* corriendo tras una liebre. Como el amo lo miraba, no se atrevió a intervenir, pero Scott lo azuzó para que tomara parte en la caza. Entonces comprendió el exacto sentido de la ley: solo le estaba prohibido perseguir a los animales domésticos. Todos los otros seres del bosque podían ser presa legítima de cualquier perro. Ciertos chiquillos, en las afueras de San José, habían tomado la costumbre de arrojarle piedras. No obstante *Colmillo Blanco* sabía que no podía correr detrás de ellos y hacerles daño. Un día, el amo bajó del coche y repartió algunos latigazos entre los chiquillos que apedreaban a *Colmillo Blanco*, después de lo cual no lo volvieron a hacer. El lo comprendió y quedó satisfecho.

Tuvo otras experiencias semejantes. En el cruce del camino que conducía a la ciudad había una taberna, en cuya puerta se

detenían siempre tres perros que atacaban a *Colmillo Blanco* en cuanto pasaba por allí. Un día que lo hicieron abiertamente, el amo detuvo el coche.

—¡Dale! —dijo a *Colmillo Blanco*.

Pero éste no le entendió. Echó hacia atrás una mirada ansiosa y observó interrogativamente a su amo, que inclinó la cabeza.

—¡Dale, hombre, atácalos!

Colmillo Blanco no dudó más. Sin previo aviso se lanzó contra sus semejantes, que le hicieron frente. Se oyeron aullidos y ladridos, crujir de dientes, y se vio correr a alguno de ellos. El polvo de la carretera se levantó formando nubes y ocultando la lucha. Pero al cabo de algunos minutos, dos perros estaban tirados en el suelo y un tercero corría a todo lo que daban sus patas, perseguido por *Colmillo Blanco*, que se deslizaba como un lobo, rápidamente y sin ruido. No tardó en alcanzarlo, derribándolo y destrozándolo.

Con la triple muerte concluyeron sus principales preocupaciones caninas. Se corrió la voz por el valle y la gente se cuidó de que sus perros no molestaran al lobo.

4

LA LLAMADA DE LA SANGRE

En las tierras del Sur abundaba el alimento y no había nada que hacer. *Colmillo Blanco* vivía feliz. La bondad humana era como un sol que alumbraba, por lo que se desarrollaba como una planta en clima propicio.

Pero en la vida de *Colmillo Blanco* había un punto sumamente doloroso: *Collie*, que jamás lo dejaba tranquilo. No había podido olvidar el episodio de los pollos y se convirtió en una verdadera calamidad que, siguiéndolo como un policía, lo vigilaba a cualquier parte que fuera. Su método favorito para deshacerse de la intrusa consistía en echarse en el suelo, poniendo la cabeza sobre las patas delanteras, simulando dormir, cosa que la confundía.

Colmillo Blanco nunca había sido muy expansivo. Fuera de meter la cabeza debajo del brazo de su amo y de poner un acento de cariño en sus gruñidos, no disponía de ningún otro procedimiento para expresar lo que sentía.

Cuando su amo se rió de él, en son de broma, *Colmillo Blanco* se quedó estupefacto. Algo tenía que hacer. Al principio adoptó una actitud digna y seria, lo que indujo a su amo a reírse aún más. Intentó elevar su apostura, con lo cual su amo se rió más ruidosamente todavía. Por fin Scott, a carcajadas lo hizo abandonar su dignidad. Entonces se le abrieron las mandíbulas, se le levantaron un poco los labios y en sus ojos apareció una expresión extraña: había aprendido a reírse.

Un día *Colmillo Blanco* empleó otro modo de expresión, en verdad notable, puesto que lo utilizó dos veces en su vida.

El amo montaba uno de esos caballos inútiles, cuando una liebre saltó a pocos pasos de la cabalgadura, asustándola tanto

que al intentar escapar del supuesto peligro, arrojó al jinete, que se rompió una pierna en la caída.

—¡A casa! ¡Vete a casa! —le ordenó Scott, cuando se dio cuenta de que no podía moverse.

Colmillo Blanco, confundido, lo miró y echó a correr. Regresó y aulló débilmente. El amo le habló con voz muy suave aunque enérgica, mientras el perro levantaba las orejas y escuchaba atentamente.

—Ve a casa, lobo, y avísales lo que me ha pasado. ¡A casa! *Colmillo Blanco* se detuvo, indeciso, y miró hacia atrás por encima de su hombro.

—¡Ve a casa! —ordenó Scott enérgicamente, y esta vez le obedeció.

La familia se encontraba en el porche tomando el fresco, cuando llegó *Colmillo Blanco*, agotado y cubierto de polvo.

—Weedon ha vuelto —dijo su madre.

Colmillo Blanco se plantó ante el juez, aullando salvajemente. Aunque éste le ordenó que se echara, no le hizo caso. Más bien se dirigió a la esposa de su amo, que gritó aterrorizada cuando se le prendió de la falda hasta desgarrársela.

—Espero que no se haya vuelto loco —dijo la madre de Weedon.

—Yo diría que quiere decirnos algo —afirmó Isabel.

Entonces, *Colmillo Blanco*, empezó a ladrar desesperadamente.

—Algo le ha pasado a Weedon —dijo la esposa, muy impresionada.

Todos se pusieron de pie. *Colmillo Blanco* echó a correr, volviendo la cabeza de vez en cuando para ver si lo seguían.

Pasaron los días, trayendo sin interrupción la luz y el calor al valle de Santa Clara. Cuando estaba por comenzar su segundo invierno en el Sur, *Colmillo Blanco* hizo un extraño descubrimiento: los dientes de *Collie* ya no le mordían. Se había puesto

juguetera y había en ella una suavidad que impedía que realmente lo hiriera.

Un día ella lo condujo, en una loca carrera, a través de los pastos y de los bosques. El amo montaba todas las tardes a caballo y *Colmillo Blanco* lo sabía. Pero *Collie* se le acercó, le rozó el hocico y echó a correr. El, que todavía no sabía qué decidir, dio media vuelta y la siguió. Aquel día, el amo anduvo solo a caballo. *Colmillo Blanco* corría junto a *Collie*, como algunos años antes *Kiche*, su madre, había corrido las selvas del Norte junto al tuerto.

5

EL LOBO DORMIDO

Los periódicos de entonces llegaban llenos de noticias acerca de un penado que se fugara de la cárcel de San Quintín. Se trataba de un hombre feroz, a quien la sociedad no le había dado una mano.

Cuanto más ferozmente luchaba, tanto más dura era la sociedad con él. Para Jim Hall, las camisas de fuerza, los largos períodos a pan y agua y los golpes eran el tratamiento equivocado, pues era lo mismo que le habían dado desde que era un niño, cuando vivía en el barrio pobre de San Francisco.

En el transcurso de su tercera condena, Jim Hall se encontró con un guardia que era casi tan brutal como él, y que mintió ante el jefe de la prisión acerca de su conducta. La diferencia entre ambos consistía en que el guardia llevaba un manojo de llaves y un arma. Jim Hall tenía solo sus manos vacías y sus dientes. Y un día cualquiera saltó sobre el carcelero, utilizando los dientes y las uñas, como cualquier animal de la selva.

Después de esto, Jim Hall pasó tres años en la celda de los incorregibles. Cuando se le llevaba la comida, gruñía como un animal. Odiaba a todos y a todas las cosas.

Pero una noche logró escapar. El jefe de la prisión declaró que eso era imposible. Sin embargo, la celda estaba vacía. Aunque no del todo, ya que dentro de ella se encontraba el cadáver de uno de los carceleros. Otros dos señalaban el trayecto que había seguido para salir de la prisión. Había matado a los tres con sus manos.

Andaba con los revólveres de los tres carceleros. Era un arsenal viviente que huía a través de las colinas. Se había puesto un alto precio por su cabeza. Los aldeanos recorrían los alrededores, con armas de fuego y sabuesos que seguían las huellas sangrantes de sus pies. La policía seguía estrechamente sus pasos, utilizando el teléfono, el telégrafo y los trenes.

Entretanto, en Sierra Vista se leían esas noticias con ansiedad. El juez Scott debió juzgar el caso de Jim Hall y pronunciar sentencia. Al oírla, el penado, en la misma sala, juró que llegaría el día en que tomaría venganza del juez que lo había condenado.

Aquella vez, Jim Hall tenía razón. Era inocente del crimen que se le imputaba. Pero el magistrado no podía saberlo todo: que él mismo era víctima de una conspiración policial; que las declaraciones de los testigos eran falsas y que, por tanto, era inocente del delito del que se le acusaba. Por su parte, el condenado no podía saber que el juez ignoraba todo eso.

Colmillo Blanco menos podía saber nada de todo aquello. Entre él y Alicia, la esposa del amo, existía un secreto. Todas las noches ella se levantaba y hacía entrar a *Colmillo Blanco*, para que durmiera en el porche.

Una noche, mientras todos dormían, *Colmillo Blanco* se despertó y se quedó quieto, sin hacer ruido. Husmeó el aire y sintió que había un extraño en la casa. Hasta sus oídos llegaban señales levísimas de sus movimientos.

El extraño se detuvo ante la escalera, todo oídos, mientras *Colmillo Blanco* vigilaba y esperaba. Allí arriba, donde terminaba la escalera, dormía el amo y todos los demás seres que él quería. Se fue engrifando suavemente. El dios extraño ponía el pie en la escalera para empezar a subir.

Entonces, *Colmillo Blanco* atacó, sin advertencia, sin gruñir. Cayó sobre las espaldas del dios extraño. Apretando sus patas delanteras sobre los hombros del intruso, mientras hundía sus dientes en la nuca, consiguió que se volviera y le hiciera frente. Luego ambos cayeron al suelo. El animal se desprendió de un salto y con sus dientes impidió que el hombre se levantara.

Los de la casa se despertaron alarmados. El ruido que venía de la escalera parecía el de una batalla entre demonios. Se oyeron disparos de armas de fuego y la voz de un hombre que gritaba horrorizado, sin embargo, el alboroto cesó casi tan pronto como se había iniciado. Weedon Scott encendió la luz, que inundó la escalera y el vestíbulo. El juez y su hijo, armados con sendos revólveres, bajaron cautelosamente. Pero las precauciones eran innecesarias; *Colmillo Blanco* había hecho un buen trabajo. En medio de los muebles destrozados, tirado sobre un costado, oculta la cara por un brazo, yacía un hombre. Weedon Scott lo dio vuelta, poniéndolo boca arriba. Una horrible herida en la garganta señalaba la causa de su muerte.

—Jim Hall —dijo el juez Scott.

Padre e hijo se miraron significativamente.

Colmillo Blanco se encontraba en la misma posición. Tenía los ojos cerrados, aunque intentó abrirlos cuando se inclinaron sobre él, tratando también de mover la cola, sin conseguir sino una insignificante vibración. Weedon Scott lo acarició, y *Colmillo Blanco* trató de agradecérselo, como solía hacerlo, con un gruñido, que resultó muy débil y cesó al nacer.

—¡Pobre animal! Está muriéndose —dijo.

—Eso lo veremos —exclamó el juez, corriendo al teléfono.



—Tiene rota una de las patas traseras y tres costillas, una de las cuales debe haber perforado el pulmón —dijo el veterinario después de trabajar sobre el cuerpo de *Colmillo Blanco*—. Ha perdido casi toda la sangre. Francamente está mal...

—De todos modos, no debe desperdiciarse ninguna oportunidad, por pequeña que sea —dijo el juez Scott—. Utilice rayos X, o lo que fuere preciso; Weedon, telegrafía en seguida al doctor Nichols, de San Francisco. Como usted comprenderá, no es que no estemos satisfechos con usted, pero debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance.

—Lo comprendo muy bien —dijo indulgentemente el veterinario—. No se olviden de tomarle la temperatura. Volveré a las diez.

Colmillo Blanco pasó varias semanas atado, impedido de moverse por el yeso y las vendas.

Finalmente, llegó el día en que le quitaron la última venda y el último pedazo de yeso. Fue un día de fiesta en Sierra Vista. El amo le acarició las orejas y *Colmillo Blanco* respondió con un gruñido de cariño. La esposa del amo lo llamó *Bendito Lobo*, nombre que todas las mujeres aceptaron, entusiasmadas.

—Tendrá que aprender a caminar otra vez —dijo el veterinario—. Y más vale que empecemos ahora mismo. ¡Afuera con él!

Prosiguió la marcha. A medida que la sangre empezaba a circular por sus venas, *Colmillo Blanco* sentía renacer su vigor. Llegaron a los establos, donde se encontraba tirada *Collie*, rodeada de media docena de cachorros.

Colmillo Blanco los observó, asombrado. *Collie* gruñó, advirtiéndole que no se acercara, por lo que se mantuvo a una prudente distancia. Con los pies, el amo le alcanzó uno de los cachorros. Erizó el pelo, pero la voz de Weedon lo tranquilizó. *Collie*, a quien una de las mujeres abrazaba para que no se precipitara sobre él, lanzó un gruñido a modo de advertencia.

El cachorro se arrastró hasta él, mientras *Colmillo Blanco* lo observaba con curiosidad. Se tocaron las narices, sintiendo la

cálida lengüecilla del cachorro en sus fauces. *Colmillo Blanco* sacó también la suya y lamó la cara del animalito.

Todos aplaudieron encantados. *Colmillo Blanco* los miraba sorprendido. Pero su debilidad se manifestó nuevamente, por lo que se echó, inclinando la cabeza de un lado, mientras seguía vigilando al cachorro, al que, con gran disgusto de *Collie*, se unieron sus hermanos. *Colmillo Blanco* toleró que se le treparan encima. Al principio, en medio de las risas de sus amos, dejó traslucir algo de su antigua vergüenza, pero tal sentimiento se esfumó, mientras los cachorros seguían jugando con él. *Colmillo Blanco* cerró los ojos y se quedó dormido al sol.